



Tres introducciones de Ricardo Rojas¹

Rojas, Ricardo (1910) “Prólogo” *Blasón de plata* Buenos Aires: Losada [1946]

“¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde; bueno es darse cuenta de ello.”
Sarmiento

Argentinos: – hermanos míos en el misterio maternal de la patria– leed este libro, porque sus páginas pretenden esclarecer, como en un mito heráldico, el nombre augural de nuestra tierra, de nuestra raza, de nuestra civilización.

Tienen las patrias su abolengo, como las casas. Conocerlo y amarlo, aun cuando fuera humilde, es ya un principio de grandes, puesto que es, por sí solo, un principio de conciencia y de fuerza. No empequeñece al heroísmo esa humildad de origen, ni en los próceres, ni en los pueblos. No fue más esclarecido que el nuestro el de la Grecia que la *Ilíada* pinta, ni el de la Roma que la *Eneida* canta, ni el de España que el *Romancero* describe. Se esclareció después, cuando sus libros lo evocaron.

Americanos: –hermanos nuestros por el pasado, por el idioma, por el ideal– leed también este libro, porque formáis con nosotros falange solidaria en el anhelo continental que las inspira.

De nuestras tierras indianas ha salido este libro, como salió la raza de la emancipación; de nuestras tierras ha salido su nombre de “plata” –símbolo de pureza, de abundancia y de paz– como el del pueblo “argentino”, cuyo abolengo documenta y blasona, aquí en las riberas del río epónimo donde lo escribí.

Espanoles: –hermanos nuestros en el común orgullo de la hazaña ancestral– leed también este libro, porque la proeza del conquistador que en él se evoca fulge como su león y su castillo, en el cuartel de bronce de vuestros propios blasones.

Libro de amor, de poesía, de misterio, de revelación y de esperanza –libro sin dogma ni retórica–, buscó mi pluma realizar con él, para el Centenario de nuestra emancipación, una afirmación de patriotismo en armonía con un noble ensueño de fraternidad.

Extranjeros: –hermanos nuestros que vinisteis de lejanas regiones a plasmar con la tierra de las pampas la carne, el pan, la casa de vuestros hijos– leed también este libro, porque le anima la esperanza de vuestra propia prosperidad.

No en vano va, como lema de este prefacio, aquella interrogación que Sarmiento expresara a su pueblo en el postrero de sus libros, que fue como la postrera de sus visiones. Flotaba ya su espíritu –tal el de un dios sobre sus caos– sobre eso que él llamó –conflictos y armonías de las razas en América– cuando lanzó la inquietante pregunta antes de morir.

“¿Argentinos? –Desde cuándo y hasta donde: bueno es darse cuenta de ello.” Casi un cuarto de siglo va corrido desde que el maestro lanzó la formidable interrogación, sin que ningún argentino se adelantase para contestarla. Este libro aspira a ser esa respuesta que tardaba en llegar; y no culpéis de arrogante mi propósito, justificado como está por el patriotismo, y por veinticinco años de silencio anterior.

Obra espontánea como forma y libre como pensamiento, sin clasificación científica ni género literario –bien que alguien lo ha clasificado como una “epopeya”–

¹ Se respeta la grafía del texto original.

siéntola mía porque no seguí al trazarla modelos europeos, y se formó en mi propia entraña, toda viviente de emoción y de fe.

No sé si es éste un libro de moral, o de historia, o de política, aunque en tales materias lo discipliné, y a ellas pedí su documentación, por cierto escrupulosa. De ellas habrá menester, igualmente, el lector que desee aquilatarlo en todo el alcance de sus alusiones y de de las verídicas anécdotas que refiere. Yo, por mi parte, sólo sé que llegué a su concepción, menos en la frecuencia de otros libros, que en la contemplación y meditación de los propios pasajes natales y de los rasgos autóctonos que las tierras nuevas imprimen en los seres que crean. Me han servido de fuentes los cronistas contemporáneos, o actores de los sucesos que narro: esto y mis obras anteriores garantizan de sobra mi probidad, pues he querido, por elegancia, prescindir de las notas marginales que entorpecen el texto. Por otra parte, no he buscado componer una obra doctrinaria, o conceptual, o didáctica, sin un libro de pura emoción, que, como los libros heráldicos, reavivase, por la leyenda o la historia, el orgullo y la fe de la casta.

Habla, pues, en sus páginas –y por instantes canta– la conciencia del país, esa fuerza territorial de nuestras Indias, que he bautizado con el nombre de “indianismo” y definido en este rápido esbozo. Denme los argentinos su simpatía, y me habrán dado una parte de lo que necesito para continua esta desinteresada tarea, en obra más digna de su atención y de su aplauso.

Pensado con sinceridad y escrito con entusiasmo, caldeado como salió de entre mis manos el libro, lo entrego a vuestra benevolencia, lector. Es la obra de un hombre apasionado por el destino de su raza. Es la obra de un poeta inquietado por el misterio de la cosas. Es, acaso, la obra de un místico que confiesa su fe en las ideas y en el oscuro influjo del alma sobre las formas de la vida... He aquí por qué este libro es también un sacrificio y una confesión...

Rojas, Ricardo (1915) “Noticia preliminar” Moreno, Mariano *Doctrina democrática*. Buenos Aires: La Facultad, 11-23.

La personalidad de don Mariano Moreno se nos aparece tan unida a los sucesos de Mayo, como a su fondo el modelado de los altorrelieves. Tiene volumen y contorno propios, pero hay que verla sobre su bloque para valorizar sus calidades. Se le considera el numen de nuestra revolución, y así lo fué realmente; de ahí que sea imposible separarlo de aquel magno episodio. Entre los numerosos hombres de acción que lo acompañan, Moreno escribe, y hace de su palabra un arma tan eficaz como los sables de la milicia. Su pensamiento pone un móvil cívico en el valeroso pecho de los ciudadanos, y un lampo de ideal en los aceros de los combatientes. Sin los escritos de Mariano Moreno, la revolución quedaría muda en su primer instante, o nos alcanzaría como un clamor sin palabras; pero así también sin la revolución, que les da su grandeza, perderían estos escritos la trascendencia que todos los argentinos reconocemos en ellos. Tienen sus doctrinas valor y nobleza, aunque no originalidad; tiene su prosa diafanidad y corrección, aunque no vigorosos rasgos de estilo. Mas por encima de esa endebles, visible al análisis de la crítica filosófica o literaria, la historia política del Plata considera las páginas que hoy publicamos como la palabra más inspirada y más alta de la emancipación, en la hora de nuestra epifanía revolucionaria.

Este volumen de Moreno, con el cual la Biblioteca Argentina da comienzo a sus publicaciones, no comprende la totalidad de los escritos que pertenecen o se le atribuyen al vibrante patricio de la Revolución. Damos aquí tan sólo sus tres documentos más notables, o, para decirlo mejor, la obra de sus tres momentos más

decisivos: 1° La representación de los hacendados, en vísperas de la revolución; 2° La propaganda de *La Gaceta*, en medio del frenesí revolucionario; 3° Las miras del Congreso, a la llegada de los diputados capitulares que debían organizar el gobierno de la nueva nación.² Moreno escribió la Representación en 1809, cuando aun pesaban las preocupaciones y tiranías del régimen colonial, aunque ya se presentían las inquietudes del próximo estallido: pero como esa pieza fué en sus orígenes un alegato forense, participa de todas las características del género: habla en ella el Moreno abogado, y aunque traza desde su punto de vista ocasional la crítica de la economía española, lo hace con suficiente amplitud, como para que el cuadro y las ideas puedan interesarnos todavía. A esto le siguen las páginas principales que publicó en *La Gaceta*, después de mayo de 1810, obra febril y fragmentaria del publicista que debía a un mismo tiempo, en misión casi absurda, ejercer el despotismo y sembrar la libertad. Sus escritos de abogado y de publicista complétase con Las miras del Congreso, labor de hombre de Estado, escrita en la inminencia de la dimisión y de la muerte, o sea en la azarosa transición de 1810 a 1811, lo cual agrega a su serenidad esencial, cierto prestigio solemne que la convierte en una especie de testamento político.

Todo el resto de los «escritos» de Mariano Moreno, carece de la importancia que he señalado a cada uno de esos tres documentos. Ni por el tema, ni por la forma, ni por el género, ni por la ocasión, ni por los puntos de vista en que el autor se coloca, ni siquiera por la extensión material o la influencia o la fama, podrían aventajarlos las otras páginas que nos dejó. Quiere decir que ha presidido la formación de este volumen un criterio de selección y no de compilación documental más o menos definitiva, como las que realizaron: la familia del prócer en 1830, y el doctor Norberto Pinero en 1896, por encargo del Ateneo de Buenos Aires.³

He seleccionado, pues, los tres opúsculos más importantes; de ahí que no se llame este volumen: Escritos de Mariano Moreno, sino Doctrina Democrática de Mariano Moreno, porque en él expone su autor la crítica de la sociedad colonial (libro I), después la derrumba con su prédica revolucionaria (libro II), y por fin da las bases para reconstituirla (libro III), de acuerdo con un ideal de libertad democrática. Está demás decir que cada uno de esos trabajos ha conservado la integridad de su texto originario, según las ediciones príncipes de que nos hemos servido.⁴ El director de esta Biblioteca sólo se ha permitido bautizar el volumen, poniéndole por nombre el tema que da unidad a sus páginas y gloria duradera al pensamiento de su titánico autor.⁵

² El verdadero título de este ensayo es: Sobre las Miras del Congreso que acaba de convocarse, y Constitución del Estado. Se publicó primeramente en *La Gaceta* los días 28 de octubre, 13, 15 y 28 de noviembre de 1810. Dichos fragmentos, reunidos en la edición de integran el ensayo tal como ahora lo publicamos. La edición del Ateneo lo reprodujo también, pero cambiando el título de Miras por el de Misión, y otras variantes.

³ El tomo de las Arengas y Escritos (1836) va precedido de un extenso prólogo del editor (pp. CXXXVI) sobre la vida y obras de Moreno. La edición se halla dedicada al hijo de Moreno. Esta edición sólo contiene la Representación, las Memorias y los trabajos sobre La Ley 14 de Toro, un Alegato, su Impugnación a un bando del Virrey de Lima, su Decreto sobre los honores del Presidente de la Junta, y su obra titulada *Sobre las Miras del Congreso que acaba de convocarse, y Constitución del Estado*.

⁴ Para el libro primero hemos seguido la Representación editada por don Mariano Moreno en Buenos Aires (1810); para el libro segundo, *La Gaceta*; para el libro tercero y para el apéndice, la edición de Londres (1836). Nos hemos valido en la corrección de pruebas de los ejemplares existentes en el Museo Mitre.

⁵ Si algún abuso hubiera en ese bautismo, queda justificado, bibliográficamente, con esta sola explicación. He pensado, además, que no es más auténtico el de Memorias, *Escritos* o *Arengas*, usado por Manuel Moreno y por Pickburn en sus ediciones, y adoptado en casos sucesivos.

Los diversos escritos de Moreno pueden, según su tema y su cronología, dividirse en Escritos forenses, datados casi todos entre su graduación de Chuquisaca (1802) y su incorporación a la Junta revolucionaria de Buenos Aires (1810); y en Escritos políticos, datados casi todos entre su secretaría de la Junta (25 de mayo) y el inmediato desenlace de su carrera. La compilación de esos trabajos, realizada por Pickburn después de la muerte de Moreno, fué ampliada en la ya referida edición del Ateneo.⁶ Con el título de Escritos de Mariano Moreno, incluye esta última las piezas escolares, forenses, periodísticas, ya conocidas por la edición anterior, y otra nueva, titulada “Plan de las Operaciones que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia”. La autenticidad de este documento fue negada por el señor Pablo Groussac, originándose sobre esta cuestión una polémica acerba con el doctor Pinero, prologuista de la edición del Ateneo. Los pormenores de la agria disputa no caben en los breves términos de esta noticia, ni tampoco se avienen con mis propósitos en este sitio, sobre todo no habiendo sido incluido por nosotros el Plan. Entre tanto, debo solamente decir que si las inferencias críticas arrojan dudas sobre el origen de esa obra, la procedencia paleográfica del mismo deja también perplejo el ánimo en favor de la paternidad atribuida, o explican y atenúan, si la hubiere, la equivocación del editor.⁷

Excluido el *Plan*, no sólo por ser improbable su autenticidad, cuanto por ser extraño al criterio de nuestra selección, hemos debido excluir también los trabajos menores de Mariano Moreno, tales como su Disertación escolar sobre la ley 14 de Toro o cierto alegato sobre lanzamiento de un inquilino, etc. Lo impersonal del fondo y de la forma, lo breve de la composición, el género escolar o forense de tales escritos, los hace apenas tolerables en una compilación de carácter documental; pero resueltamente los excluye de una selección como la que ahora publicamos. No diré lo mismo de unas Memorias sobre las invasiones inglesas de 1816, que Moreno compuso por entonces, y que he agregado como «Apéndice» al final del presente volumen. No diserta en ellas sobre la «doctrina democrática» que debía inmortalizarlo, pero en sus páginas tempranas despunta ya su vigoroso sentimiento patriótico y su confianza en el instinto del pueblo. Páginas breves y fragmentarias, como las de otros trabajos menores, en éstas, sin embargo, se asiste a la palpitación de su carne viviente: “Yo he visto en la plaza llorar, muchos hombres por la infamia con que se les entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, cuando, a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806, vi entrar a 560 hombres ingleses que, apoderados de mi patria, se alojaron en el fuerte y demás cuarteles de esta ciudad»... Es posible que estas Memorias hayan sido arregladas

⁶ El Ateneo de 1896 inició con ese volumen una Biblioteca de autores argentinos, que fracasó. A Moreno debieron seguirle Gutiérrez y otros autores que anunciaron. Como se ve, el conocimiento de tales precedentes, no nos ha detenido a nosotros en nuestra Biblioteca, semejante a aquella en los autores que publicamos; pero más audaz por la índole popular de sus ediciones. Si la nuestra alcanzara éxito, sería el mejor argumento sobre los progresos de la cultura popular en nuestro país.

⁷ Los términos de la cuestión se reducen a esto: el Plan fué extraído del Archivo de Indias, de una matriz que lo atribuye a Moreno, aunque no es original ni copia autenticada; Groussac los rechaza por no haber ningún indicio sobre esta obra en la bibliografía de Moreno; por no corresponder su texto a la ideación ni al estilo de su presunto autor y por haber imposibilidad material de que Moreno lo escribiese, dadas ciertas incompatibilidades de fechas. Como se ve, si no hay plena prueba en favor, tampoco la hay en contra. La acritud con que el señor Groussac consideró esta cuestión, nos parece excesiva, dado que no se trataba de una superchería voluntaria del editor, ni de una arbitrariedad bibliográfica. La parte negativa del trabajo del señor Groussac nos parece, en cambio, excelente; pero nadie sabe mejor que su autor lo peligroso del método allí seguido, que no es — *mutatis mutandi* — sino el ismo de Une énigme littéraire, al buscar la paternidad del falso Quijote... En La Biblioteca, revista que el crítico dirigía, puede verse (t. I y VIII) los pormenores de tan interesante cuestión. El doctor Pinero replicó en un folleto, defendiéndose.

por Manuel Moreno cuando la editó por vez primera en 1812; pero aun así, tendrían sitio indicado en nuestro «Apéndice», porque son la única en que no aparece el pensador austero que diserta, sino el hombre sensible que describe y narra lo que pasó ante sus ojos. Ellas descubren, en fin, algo del fuego interno que le animaría en 1810, fragua encendida de sensibilidad civil, calor de pasión humana en la luz del pensar doctrinario.⁸

Ambas cosas –la pasión y el pensar emancipadores de Mariano Moreno– brillan en estas obras selectas que publicamos como un compendio de su *Doctrina Democrática*. Este volumen explica su acción y da a la revolución un pensamiento de justicia y de libertad. Laten aquí muchas ideas cuya fuerza aun nos impulsa y cuyo resplandor aun nos guía. Quienes lean el primer libro al favor de recientes investigaciones, podrán demostrar que la *Representación* no influyó en la política económica del Virrey a quien fué dirigida, y que no podrá contársela ya entre las «causas» del alzamiento revolucionario.⁹ Quienes lean el libro segundo bajo la sugestión de historiadores modernos, hallarán excesivo el jacobinismo de algunos decretos y proclamaciones que se publicaban en *La Gaceta*.¹⁰ Quienes lean el libro tercero bajo el torcedor de nuestras ulteriores banderías unitarias o federales, encontrarán que su misión carece de videncia, porque no plantea con nitidez los problemas constitucionales que a raíz de su muerte dividieron sangrientamente a los argentinos.¹¹

Pero después de leer esos tres libros, nadie podrá negar la fe de Moreno en las fuerzas de la tierra y del trabajo libres, que expone en el primero; ni la necesidad de la austeridad republicana que preconiza constantemente en el segundo; ni la urgencia de organizar un gobierno propio por el ejercicio normal de la soberanía en cada uno de los pueblos que se habían plegado a la revolución. «La tierra», «la educación» y «el pueblo»: he ahí las tres ideas concéntricas de los libros que forman este volumen, o sea las ideas madres de su *Doctrina Democrática*.

Unas breves palabras de aclaración debo decir aún sobre los materiales que constituyen el libro segundo, o sea la propaganda revolucionaria de *La Gaceta*. Publicáronse en este periódico casi todos los decretos y órdenes del día o manifiestos de la Junta, que Moreno ciertamente redactaba y que además llevan su firma como secretario. Publicábanse también comentarios suyos sobre los diversos episodios de la revolución, que al salir anónimos, no podemos sino reconocerlos, cautelosamente, por el tema o el estilo. La primera Colección de arengas en el foro y escritos de don Mariano Moreno, dedicada a su hijo, y publicada por Pickburn en Londres el año 1836, no incluyó todas las obras de Moreno, sin duda porque tan sólo se imprimió el primer tomo. La parte más débil de esa Colección es, desde luego, la correspondiente a los documentos de *La Gaceta*, quizás porque siendo difícil entonces, y riesgosa siempre tal compilación, la retardaban para un probable tomo segundo que no apareció. Sin duda

⁸ Estas Memorias fueron publicadas primeramente por Manuel Moreno (1812) en la Vida (p. 84-100), y transcritas de allí en las Arengas (p. 20-41), edición de Pickburn (1836).

⁹ Recomendamos leer el meritorio trabajo del señor Diego Luis Molinari (La representación de los hacendados, valioso por la novedad de la información y la minucia del método. Su tesis sugestiva representa la extrema izquierda de esta cuestión, después de las informaciones tradicionales en favor de ese escrito. (Véase Anales de la Facultad de Derecho, t. IV. p. 765. Hay tirada aparte.).

¹⁰ Véase el Liniers del señor Groussac, donde el amor por el nuevo héroe hace olvidar al autor mucha de su simpatía por el héroe viejo. La necesidad de justificar a la víctima, aconsejó encontrar excesivo al victimario.

¹¹ Es posible que no fuera Moreno federal ni unitario. En el primer instante de 1810 era prematuro serlo. Algunas palabras banderizas de las *Miras* en la edición de 1836, pueden haber sido interpoladas por Manuel.

por eso intentó el Ateneo suplir esta falta, ampliando la serie hasta reunir más de veinte piezas que incluyó en su edición de 1896. Pero entonces fué cuando se lanzó, como halcón sobre su presa, el señor Groussac, a señalar las omisiones. Tenía buena parte de razón el eminente crítico, pero la exageraba. Calcula Groussac en cuarenta y seis los artículos de *La Gaceta* que pertenecen a Moreno, aunque acertadamente reconoce que los omitidos no son superiores a los publicados en la colección ateneana.¹² En 1896, los documentos a que se refiere eran casi inhallables, por ser escasos los ejemplares de *La Gaceta*; pero la reedición facsimilar de ese periódico, ordenada en celebración del centenario, ha venido a poner dichos artículos al alcance de los estudiosos, quitándole toda urgencia a la necesidad de una compilación completa de los escritos menores de Moreno. De ahí que yo, al formar este volumen, haya creído más conveniente prescindir, en esta parte de mi tarea, de la edición de Pickburn (1836), deficientísima en cuanto al material de *La Gaceta*, y de la edición del Ateneo (1896), que tampoco agota ese material, para ir directamente al acervo originario de 1810, o sea el periódico mismo, no con el objeto de formar la compilación completa, como el señor Groussac lo indicara en su valioso trabajo, sino con el fin de seleccionar las piezas más características, según la naturaleza del presente volumen. Una compilación total no es ya indispensable, según lo dije, después de reeditada *La Gaceta*, y en caso de hacerla, su lugar indicado estaría en una serie de documentos completos sobre la historia externa de la devolución. Debo, no obstante, reconocer que el minucioso trabajo del señor Groussac, ha facilitado mi tarea; no siendo éste el único bien que la nueva generación argentina tenga que agradecer a tan alto y fecundo obrero de nuestra cultura.¹³

Pero aun restan dos aclaraciones que apuntar sobre el presente volumen: una se refiere a cierta Circular reservada extraída por mí del Archivo Capítular de Jujuy; la otra, al prólogo del *Contrato Social*, editado por Mariano Moreno.

La primera de esas piezas, cuyo original autógrafo tengo a la vista, es un pliego reservado dirigido al Cabildo jujeño, y si no fué escrito por Moreno, que lo firma, fué con toda probabilidad redactado por él. Al margen, con la misma letra del texto, dice Reservado, y traduce las inquietudes de aquella hora, y trasunta la psicología del inflexible Secretario; me ha parecido conveniente agregarlo como «nota» al Manifiesto de la Junta, publicado después de la ejecución de Liniers y sus cómplices, nombrados en ese pliego como objetivos de su persecución.

En cuanto al prólogo del Contrato, clausura el tomo en el «Apéndice»; y me parece que no sólo comprueba por sí solo la influencia de Rousseau sobre Moreno, sino que tiene significativo lugar en este primer volumen de la Biblioteca Argentina.

Sabido es que Moreno, al reimprimir aquel libro y prologarlo, entendió comenzar una serie de publicaciones análogas, con el objeto de servir a la cultura democrática: «En críticas circunstancias —(dice aludiendo a aquel momento de 1810,

¹² Hay, sin embargo, alguna contradicción en esta parte de su interesante estudio. En la página 127 (Biblioteca, 1. 1), dice: «No cometeré la inexactitud de exagerar la falta, hasta pretender que los escritos olvidados sean más importantes que los incluidos, etc.». Y más adelante (Biblioteca, 1. 1, p. 129), hablando del Manifiesto de la Junta sobre la ejecución de Liniers— documento omitido en la edición de 1896 e incluido en la nuestra—, dice: «Es, sin duda alguna, la producción capital de Moreno y de la Revolución: muy superior por el pensamiento y el estilo a la tan celebrada «Representación de los hacendados», y la única que pueda parangonarse con las más altas arengas de la tribuna europea o americana». El juicio del ilustre biógrafo de Liniers exagera su elogio, según lo verá en el presente volumen quien analice la pieza aludida; —todo esto sin contar la contradicción ya señalada.

¹³ Si se coteja el índice de la edición de 1836 y el de la edición de 1896, con el nuestro del libro segundo, se verá que he agregado: 1° Una Orden del día del 13 de agosto; 2° El Manifiesto sobre los ajusticiados de Córdoba (11 de octubre); 3° Otro sobre los Derechos de los extranjeros (3 de diciembre); todo ello extraído de *La Gaceta*.

cuyas vísperas fueron no muy distintas del momento actual)—, en tan críticas circunstancias, todo ciudadano está obligado a comunicar sus luces y sus conocimientos : y el soldado que opone su pecho a las balas de los enemigos exteriores, no hace mayor servicio que el sabio que abandona su retiro y ataca con frente serena la ambición, la ignorancia, el egoísmo y demás pasiones, enemigos interiores del Estado, y tanto más terribles, cuanto ejercen una guerra oculta y logran frecuentemente de sus rivales una venganza segura. Me lisonjeo de no haber mirado con indiferencia una obligación tan sagrada, de que ningún ciudadano está exceptuado, y en esta materia creo haber merecido más bien la censura de temerario, que la de insensible o indiferente; pero el fruto de mis tareas es muy pequeño, para que pueda llenar la grandeza de mis deseos: y siendo mis conocimientos muy inferiores a mi celo, no he encontrado otro medio de satisfacer éste, que reimprimir aquellos libros de política que se han mirado siempre como el catecismo de los pueblos libres, y que por su rareza en estos países, son acreedores a igual consideración que los pensamientos nuevos y originales. Entre varias obras que deben formar este precioso presente, que ofrezco a mis conciudadanos, he dado el primer lugar al Contrato Social, escrito por el ciudadano de Ginebra —Juan Jacobo Rousseau. Este hombre inmortal, que formó la admiración de su siglo, y será el asombro de todas las edades, fué quizá, el primero que disipando completamente las tinieblas con que el despotismo envolvía sus usurpaciones, puso en clara luz los derechos de los pueblos, y enseñándoles el verdadero origen de sus obligaciones, demostró las que correlativamente contraían los depositarios del Gobierno».

Con pequeñas variantes y mayor amplitud de propósitos, esas palabras pudieran ser el lema de la Biblioteca Argentina. Lo que Moreno hizo con el ciudadano de Ginebra, hago yo con el ciudadano de Buenos Aires. Su obra inaugura así nuestra empresa, prestando a mi modesta actitud el prestigio de su ejemplo y de su gloria.

Aquí pudiera dar por terminada esta «noticia», destinada, simplemente, como se hará en las obras sucesivas de la Biblioteca, a explicar la estructura del volumen y el valor de su contenido. Disertar en tales páginas sobre la vida del autor o sobre los problemas que su obra plantea, fuese hurtar al volumen el espacio que pertenece a Moreno, y retardar la comunión de su pensamiento con el espíritu del lector, cuando mi propósito es facilitarla. De ahí que me haya impuesto como principales deberes en esta empresa: la claridad, la oportunidad y la brevedad, más necesarias en prólogos y ediciones que no están destinadas a los eruditos. Pero no quiero concluir estas páginas preliminares sin llamar la atención de los lectores que fueran novicios en estudios de esta índole, sobre el fondo clásico que se advierte en la cultura filosófica y literaria de Mariano Moreno. La tradición grecolatina fluye de su pluma como algo consubstancial con su pensamiento. Esto lo debía a la Universidad de Chuquisaca, la escuela colonial donde estudiara, y donde la historia de Grecia y la lengua de Roma eran familiares. A esos lingotes de oro se unen a veces, en aleación resistente, metales más duros; y son las teorías de Adam Smith o los economistas españoles, en la *Representación de los hacendados*; Rousseau y los enciclopedistas franceses, en *Las miras del Congreso*. Buena parte de ese pensamiento revolucionario llegábale a través de escritores españoles como Jovellanos, y fuera injusticia no recordar que a muchos de tales “herederos” había podido leerlos en Chuquisaca, por merced de su amigo el canónigo doctor Terrazas.

La actitud de Mariano Moreno, durante los meses fugaces de su actuación, nos revela que sentía de un modo apostólico la democracia, pero que la sabía impracticable sin la difusión de la cultura, que esclarece la razón popular, y hace del sufragio, no mero acto exterior, sino consciente deliberación de cada ciudadano. Por eso funda periódicos y bibliotecas, traduce libros y pone a sus decretos introducciones docentes, en medio del

afán revolucionario. Si la democracia ha de consistir en elección de gobernantes obtusos por mayorías volubles, o sea en ignominiosa tiranía de la mediocridad exaltada y del número irresponsable, valiera más renunciar a la democracia: pero ésta no consistió jamás, según el acendrado ideal de sus filósofos, ni en esas tómbolas del sufragio, ni en esas algarazas del parlamento, sino en la realización de la libertad de cada uno por la justicia de todos. La democracia es, por consiguiente, el método más perfecto de cultura social que los hombres hayan practicado hasta hoy, para la realización de la belleza y el bien. Así lo comprendió también don Mariano Moreno, según se verá por este libro. Los procedimientos electorales son tan sólo una parte del vivir democrático, y acaso la menos importante.

El fin de la democracia es la libertad, la cultura su método; y sírvela mejor, en realidad, quien así la practica.

Rojas, Ricardo (1917) “Introducción” *Historia de la literatura argentina I. Los gauchescos*. Buenos Aires: Kraft [1960]¹⁴

La literatura nacional en las escuelas de nuestro país. — Mi cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. — El territorio, la raza, el idioma. — Valor de estos elementos en el carácter nacional de una literatura. — El concepto de argentinidad de nuestra literatura. — La literatura nacional como expresión de la conciencia nacional. — Cronología: valor que debe darse a la historia externa. — Períodos cronológicos: su función didáctica. — La crónica histórica: biografías y bibliografías. — La crítica filosófica: clasificación y sistema de esta materia; las bellas letras y las letras útiles. — La literatura abarca todo el logos del hombre. — La literatura de un pueblo revela el contenido de su conciencia y su visión de la naturaleza. — Las escuelas estéticas: el clasicismo, el romanticismo, el modernismo. — Escuelas exóticas y tendencias indígenas. — Los gauchescos. — Los géneros regionales. — La lírica hispanoamericana. — ¿Existe una literatura argentina? — La vida literaria en la actualidad de nuestro país.

I

Esta obra es el fruto de mis investigaciones personales en diversos archivos, de mis experiencias en la vida literaria, y de los trabajos que, desde 1912, vengo realizando en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, como conferenciante de literatura argentina.

La universidad de Buenos Aires fundó aquel año, poniéndola a mi cargo, la primera cátedra de esta materia cuyos antecedentes en la enseñanza y en la bibliografía, voy a exponer en este capítulo preliminar.

El estudio de la literatura argentina, omitido hasta entonces en el programa de nuestras universidades, es una asignatura cuya fundación se hacía necesaria para completar el conocimiento de nuestra formación nacional. Las cátedras de antropología americana, de filosofía indígena, de cartografía histórica, de fauna y flora regionales, funcionaban en institutos diversos, dando a nuestros universitarios la conciencia del país, por los elementos primordiales de su tierra y de su hombre. Era sin duda anomalía sorprendente, que nuestras aulas de estudios superiores no enseñaran, al par de las antedichas disciplinas, la evolución de nuestras fuerzas espirituales y de las formas literarias que las habían fijado. Apenas sí los maestros de ciencias sociales mostraban, desde años atrás, la formación de nuestras instituciones políticas, complementada, en más recientes años, por las cátedras de ciencia y legislación escolares. Pero nuestros

¹⁴ Debido a la extensión de esta “Introducción” se la publica aquí sin sus notas. Puede verse el texto completo del “Discurso inaugural de la cátedra de literatura argentina” publicado por la *Revista de la Universidad* en 1913 y posteriormente incorporado a modo de introducción en la *Historia de la literatura argentina* en: <http://www.filo.uba.ar/contenidos/carreras/letras/exlibris/ensenanza/ensenanza2.pdf>

sistemas de educación, en su doble fase didáctica y jurídica, y nuestros sistemas de gobierno, a través de las luchas sangrientas que los organizaron, no bastarían, por sí solos, para revelar la vida íntima del alma argentina, mostrando las secretas corrientes de ideas, de pasiones, de emociones que a aquella alma agitaron.

Forma visible y perdurable de esas secretas corrientes que elaboran la conciencia y la cultura de un pueblo, son los monumentos de su literatura; y puesto que nosotros los poseemos, era anomalía no estudiarlos en la universidad, donde se forman las clases dirigentes de la nación. Tal omisión se explica, no por error activo de quienes antes han gobernado nuestra educación, sino por lo reciente de nuestro pasado bárbaro, por lo novísimo de nuestras instituciones docentes, por lo premioso de nuestra labor en otros campos de la vida social. Apenas si en el último lustro nos ha sido posible hacer balance reposado de toda nuestra historia, y ver que aún entre las luchas cruentas de la monotonía y la dispersión aciaga de la tiranía, habíamos estado elaborando los documentos literarios de nuestra cultura y la conciencia de nuestro porvenir. Así se comprende, en la prosa el Facundo y las Bases; en la poesía el Martín Fierro y la Atlántida.

Estudiar esos documentos, en confrontación con el medio donde aparecieron y con el ideal estético o moral que buscaron, tal es la obra importante que en nuestra Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires me propuse iniciar en 1912. Antes de aquella fecha, no habíamos incorporado esta materia a los estudios del país, ni habíamos organizado su bibliografía, ni creado un sistema teórico que permitiera organizarla.

Después de haber incorporado a sus planes el estudio de nuestra formación territorial, de las razas indígenas, de su arqueología y sus idiomas, de nuestras instituciones sociales, vi completarse el cuadro de las asignaturas genuinamente “argentinas”, con la cátedra de literatura nacional. Su fundación señalaba nuevo rumbo y abría nuevo período en la historia universitaria de nuestro país. El maestro que la inauguró debió no solamente dictar sus lecciones, sino crear esta nueva asignatura. Yo tomé una cátedra sin tradición y una asignatura sin bibliografía. Maestro y alumnos debimos entrar en este nuevo campo de los estudios argentinos, disipando muchas leyendas, rectificando numerosos errores, desvaneciendo tradicionales prevenciones y descubriendo, acaso, valiosas noticias en olvidados archivos, como los que dejaron Seguro, Olaguer Feliú, Carranza, Mitre, Llamas, Trelles o Juan María Gutiérrez. Hay en todo ello dificultades que comprendo, pero llevé a esa labor, no la presunción de mi ciencia, sino mi vocación patriótica y mi experiencia literaria, puestas ya otras veces en tribunas y libros, al servicio de los ideales que la nueva cátedra representa, y, creedme que no me hubiese arriesgado a ello, si no hubiera mediado a ello la invitación espontánea de un hombre tan ponderado como el ex decano doctor Piñero; la sabia acogida del nuevo decano, doctor Rivarola y la confianza que supo infundirme en el acto de la fundación, al ponerme en posesión de la nueva cátedra como presidente de la Academia, una palabra tan prestigiosa en las letras argentinas, como lo es la del poeta don Rafael Obligado.

En el sistema general de nuestra facultad de Filosofía y Letras, o por lo menos en mi enseñanza, la cátedra de literatura argentina vino a ser la conjunción ideal de esas dos grandes ramas de sus estudios; de un lado las materias de entonación nacional: ideales políticos, sistemas filosóficos, formas estéticas, cuanto constituye el fondo generoso y humano de la civilización grecolatina.

He ahí por qué antes decía que al estudiar los documentos de nuestra historia literaria, se deberá hacerlo en confrontación con el medio donde surgieron, reflejado casi siempre en su color y su asunto; y en confrontación con el ideal filosófico que buscaron, reflejado casi siempre en las ideas y el arte de la composición.

II

No acertaría quien pretendiese explicar nuestra evolución literaria por los procedimientos y sistemas que eximios críticos europeos, como Macaulay, como Carducci, como Taine, han seguido para explicar literaturas más antiguas y orgánicas que la nuestra. Lo breve de nuestra historia, y la abundancia de elementos foráneos que han venido a formar nuestra civilización —comenzando por el idioma castellano de nuestras letras— bastarían para requerir una substitución del instrumento crítico en la explicación de nuestro fenómeno literario. En cualesquiera de las naciones europeas, el suelo, la raza, el idioma y su literatura, se funden en una sola unidad. Es como si los unos nacieran de los otros, y todos se complementan y explican en armonioso ciclo. La raza pudo tener origen en migraciones y conquistas, como en Inglaterra los sajones y normandos, o en la España de celtas, suevos, latinos, godos y árabes; pero tales orígenes se pierden en lo remoto del tiempo, y la raza se identifica con su tierra nativa. Aquellos pueblos, desmembrando imperios o reuniendo feudos, precedieron a la nación que fundaron, y fue expresión de su alma y espejo de esa nación, el idioma por ellos elaborado. Aquellas lenguas nacionales, pudieron tener su origen en otros idiomas de anteriores conquistas, como el francés y el castellano actuales, respecto al latín de los Césares, pero, una vez formados, ya revelaban nuestras calidades fonéticas y espirituales, propias del clima y de la raza donde habían nacido. Así también de suelo, raza y lengua, brotaron las literaturas nacionales; y algo como una misteriosa corriente de la vida cósmica, semejante a la savia que sube de la raíz a la flor, subió de las entrañas de la nación a los ritmos de la estrofa y a las figuras de la fábula. Por eso un documento como la Chanson de Rolando el Cantar del Mío Cid, es clarísimo documento de literatura nacional, de filología nacional y de política nacional, en el pueblo a que pertenecen. Por eso, de pronto unos pocos versos hacen pasar a un tiempo ante la mente, la tierra, el idioma, la raza, la religión, la gesta de la raza, que forjó el poema y el habla del poema:

Verediez tantas lancas premer el alcar,
 Tanta adágara foradar et passar
 anta loriga falssa desmanchar
 Tantos pendones blancos salir vermeios en sangre,
 Tantos buenos cavallos sin sos duenos andar.
 Los moros laman Mahomat et los christianos Santi Yague.
 (v. 726-731)

Esta unidad a que aludimos, de lengua raza y literatura, no lo presentan sólo las naciones de la Europa moderna: podríamos también puntualizarla en el florecimiento clásico de griegos y latinos. Por lo contrario, carece de ello la literatura de nuestro país, o por lo menos no han tenido tiempo de sedimentarse en un todo orgánico los elementos de nuestra breve tradición. Nosotros escribimos en un idioma de transplante, que España conquistadora legara a América ya formado, y que nosotros hemos renovado, pero no abandonado ni corrompido en nuestra literatura. Los siglos XVI y XVII fueron para la metrópoli el período de su esplendor intelectual, y corresponde, por sincronismo, a sus fundaciones más duraderas —la lengua, la familia, las ciudades— en sus colonias de nuevo mundo. Después de 1810, momento inicial de la emancipación americana, el idioma ha seguido una evolución común a todas las naciones en que se dividió el antiguo imperio de Carlos V. Llegará el día en que la historia literaria de nuestro idioma abarque la extensión territorial de aquel deshecho imperio, y comprenda la vida mental

de todos los pueblos que tuvieron a España por metrópoli. Algunos actos de la crítica contemporánea parecen augurarlos así, entre ellos la Antología de poetas hispanoamericanos y el Horacio en España, obras ambas del esclarecido humanista Don Marcelino Menéndez y Pelayo; y como las suyas algunas sudamericanas que parecen tender a ese propósito de crear un “imperio, una “raza”, una “ciudadanía” internacionales dentro del idioma. Ese período ha de llegar, por obra de tales ideas, o como forzosa consecuencia de progresos nacionales en población, vialidad, comercio. Pero, entre tanto, nuestras naciones necesitan hacer la historia crítica de su propia evolución literaria; y he aquí que al intentarlo, como en el caso de la República Argentina, la conciencia nacional tropieza con la apuntada dualidad entre un territorio que nos pertenece exclusivamente y un idioma que nos pertenece en común con otras naciones donde se lo habla con igual derecho y por iguales causas que entre nosotros mismos.

Definir la extensión de nuestro dominio literario dentro de los vastos dominios internacionales del idioma patrio, tendrá que ser una de las cuestiones que plantee y resuelva la historia crítica de nuestra literatura. Casi me atrevo a decir que un curso sobre el idioma castellano podría ser la introducción indispensable a un curso razonado sobre la literatura de la República Argentina, o de cualquier república sudamericana (verdadera historia de nuestro idioma como instrumento adventicio de nuestras literaturas), en el cual se mostraría su origen, su doble proceso de formación cronológica a través de ocho siglos, de extensión geográfica a través de dos mundos; se explicaría la decadencia y suplantación de las lenguas indígenas; se propendería a formar una conciencia de nacionalidad literaria dentro de ese internacionalismo del idioma, y a vigorizar la conciencia de la lengua castellana, tan declinante en los pueblos del Río de la Plata. Así llegaríamos a explicar, por motivos de ambientes, ciertos casos de escritores argentinos que han desertado al francés, como tienden a desertar hacia el inglés en las regiones septentrionales de Hispano América.

¿Pues, cuál es el criterio con que un historiador de la literatura argentina debería considerar esos libros, argentinos por su asunto o por sus autores, y extranjeros por la lengua en que fueron escritos? ¿Qué causas de educación o de ambiente les movieron a abandonar el idioma nativo? ¿Hasta dónde el idioma de la nación define la nacionalidad de su literatura, y hasta donde se la define por la cuna de sus autores o la índole de sus obras? He ahí las cuestiones que una teoría filológica tendrá que definir, y que no será posible definir de una manera científica y ecuánime, sino estableciendo un criterio general sobre el significado de la lengua castellana dentro de la nacionalidad argentina y el significado de la literatura argentina dentro de la lengua castellana. Esta lengua con ser el idioma nacional de los argentinos, contiene algunos elementos exóticos en su misma castridad metropolitana; a la vez que, dentro de él, nuestra literatura americana lleva elementos diferenciales de nueva personalidad castiza, en el “indianismo” de su ambiente.

III

Una segunda cuestión se ofrece a nuestro paso, y es el valor que debemos reconocer al territorio argentino en la definición nacional de nuestra literatura, y el que debemos reconocer a nuestra historia política con respecto a nuestra cronología literaria.

Es sabido que el nombre de “argentina”, que designa como gentilicio a nuestra nación, y adjetiva sus atributos colectivos, viénele del territorio que habitamos, o más bien de su río de la Plata que embelleció de leyenda esta parte de la conquista, por el influjo epónimo de sus aguas, las comarcas australes que ellas bañaban.

Pero es sabido también que las tierras llamadas “argentinas” han variado de extensión a través de la historia, y que al variar, disminuyendo, han pasado de la vaguedad quimérica de los siglos coloniales, a la precisión de los actuales cálculos planimétricos.

En el siglo XVIII eran argentinos el Uruguay, el Paraguay, el sur de Bolivia. En el siglo XVII las provincias de Cuyo eran “chilenas” y Chile era “peruano”. La creación del virreinato de Buenos Aires, la erección de la Junta de Mayo, la fundación de Bolivia, la segregación del Uruguay y Paraguay, serían pues acontecimientos importantes para la clasificación de obras y autores, si incurriéramos en el error de adoptar las fechas de la historia externa o política para definir fenómenos de orden espiritual, como son los de la historia literaria, y para clasificar, por los azares dramáticos de la guerra, el regionalismo, substancial por su origen, de las obras y sus autores. La historia ha dejado en la literatura de los siglos XVI, XVII; XVIII y XIX, muchos indicios de que todos estos pueblos —la Argentina y sus limítrofes— constituimos una sola y futura nación. De ello ha nacido mi “panargirismo”.

Es un error asaz generalizado en nuestras esferas didácticas y literarias, eso de creer que la Argentina comienza, cronológicamente, el 25 de mayo de 1810, y que su proclamación en el cabildo de Buenos Aires significa la negación de todo lo español que nos había precedido en los años germinales de la colonia.

¿Olvidaremos que la argentinidad no está constituida solamente por el Estado y las instituciones políticas soberanas que entonces deseábamos fundar y que no conseguiríamos fundar sino varios lustros más tarde? ¿Olvidaremos que el cabildo emancipador era de origen colonial, y que hasta el año 12 las armas de la patria combatían bajo las banderas del rey? ¿Las ciudades revolucionarias no eran españolas, acaso? ¿No era, al fin, castellana, la lengua libertadora de la Gaceta de Moreno y del Himno de López?

Resulta todo eso, en verdad, una concepción demasiado pueril de nuestra nacionalidad y de su historia.

La argentinidad está constituida por un territorio, por un pueblo, por un estado, por un idioma, por un ideal que tiende cada día a definirse mejor. Ahora mismo, con estas breves páginas, estamos tratando de definirlo.

Pero antes debo decir que la argentinidad es aquella síntesis formada en la conciencia colectiva del país, por la cenestesia de su territorio y de su Estado (cuerpo de la nación) y por la memoria de su pueblo y de su idioma (alma de la nación): todo ello concretado en un ideal que sea a la vez filosofía histórica de nuestros orígenes y filosofía pragmática de nuestro porvenir.

Pertencen, pues, a la literatura argentina, todas las obras literarias que han nacido de ese núcleo de fuerzas que constituyen la argentinidad, o que han servido para vigorizar este núcleo.

Según ese criterio, deben entrar en la materia de nuestra historia literaria, libros como la Argentina manuscrita, de Ruy Díaz de Guzmán; Argentina, el poema de Barco Centenera; El lazarillo de ciegos caminantes, la crónica de Concolorcorvo. Acaso tengan más derecho a ello los españoles que antes de 1810 describieron o embellecieron con sus obras la vida colonial, que los argentinos, como Ventura de la Vega, cuya vida y cuya obra pertenecen a la historia de España, por más que ciertos escritores de aquende y allende el océano (españoles ellos mismos, desde luego), suelen incluirlo en la nuestra, según lo hace Menéndez y Pelayo, al transcribir los siguientes versos de 1857:

La madre España en su seno
Me dio acogida amorosa;

Suyo fuí; más siempre yo
 Recordé con noble orgullo,
 Que allá mi cuna al arrullo
 De las auras se meció.
 Mientras rencor fraticida
 Ardí en uno y otro bando,
 Mis lágrimas devorando
 Calló mi musa afligida.
 Hoy que a coyunda tirana
 Suceden fraternos lazos,
 Y España tiende los brazos
 A la América hermana;
 Bañado en júbilo santo,
 Yo, americano español,
 A la clara luz del sol
 La unión venturosa canto,
 Ven, inspiración divina,
 Que yo a mi laúd sonoro,
 Añado una cuerda de oro
 Para la gloria argentina.

El caso de Ventura de la Vega es singular en nuestra literatura, porque, nacido antes de la revolución (1807), se educó en España y se incorporó, por su persona y su obra, en las corrientes históricas de la literatura peninsular. La cuna es un accidente biológico, y por sí solo nada vale, si no se le corrobora por el factor psicológico de la conciencia, por el factor social de la educación, por el factor histórico de una vida en favor de la tierra donde nacimos y de la comunidad política a la cual pertenecemos. Al excluir de nuestro fenómeno social a Ventura de la Vega, que prefirió la gloria en otra sociedad, timbro el quilate filosófico de mi nacionalismo, a la vez que demuestro su virtud progresiva, asimilando, en cambio de aquél, a cuantos como Burmeister, Jacques, Darío, Groussac, nacieron en otro país pero sirvieron a nuestra cultura, prefiriendo ser entre nosotros eminentes argentinos de adopción.

Pero aún desechado este caso excepcional, creo que es el criterio de amplitud antes definido, el que mejor nos conviene para trazar nuestra evolución intelectual, tan sometida a influencias y contingencias externas, y no el error de vanidad patriótica o de patriotismo militarista que lo restringe cronológicamente a los términos de 1810, y geográficamente a los autores y obras nacidos dentro del territorio nacional. No olvidemos que *El peregrino en Babilonia* del cordobés Tejeda, la *Representación de los hacendados de Moreno*, el *Triunfo argentino* de López, la *Oda al Paraná* de Labardén, son anteriores a la Revolución. No olvidemos que el *Facundo*, las *Bases* y la *Gloria de Don Ramiro*, han sido escritos en el extranjero. No olvidemos que extranjeros como Jacques y Groussac, incorporando su obra a nuestro patrimonio intelectual, han contribuido a la formación de nuestro ambiente. No olvidemos, en fin, que americanos como el paraguayo Ruy Díaz de Guzmán, el uruguayo Florencio Sánchez y el nicaragüense Rubén Darío, no pueden ser explicados si se los separa del medio argentino donde florecieron. Es, pues, el espíritu mismo de la nacionalidad, y no los elementos materiales que la constituyen —territorio, política o ciudadanía—, lo que debe servirnos de criterio cuando clasifiquemos la materia literaria y queramos fijar la extensión de esta asignatura. Por eso la geografía de mi obra abarca todo el virreinato

del Plata, y su cronología toda la colonización, sin lo cual no podría explicarse nuestra Argentina actual.

Aun aceptada la proposición que hace nacer en 1810 nuestra evolución literaria, como sincrónica de nuestra evolución política, no podríamos comprender a los autores que aparecen de pronto en medio de la revolución para cantarla o para justificarla, si no explicáramos las condiciones precedentes en que se formó su cultura. ¿Cómo definir la versificación enciclopédica de Moreno y de Monteagudo, la metafísica de Gorriti y de Funes, la clásica de Varela y de López, si no explicamos el ambiente colonial, y, sobre todo, la inmediata, profunda renovación de la cultura que ampararon aquí virreyes como Vértiz, y allá ministros como los de Carlos III? Podría afirmarse, y hasta probarse, que no hubo durante el período colonial una literatura propia del Río de la Plata, pero no podría negarse que hubo una educación filosófica y literaria, cuyo centro estaba en las aulas de Córdoba o Chuquisaca, y aquí en Buenos Aires, en el colegio Carolino, en el Telégrafo mercantil, en la Casa de Comedias, en la propia sala del señor Virrey, y en torno de personalidades como Leiva, Araujo, Maciel, Labardén, Chorroarín, Segurola, maestros cuya influencia pareció sobrevivir en el alma serena de Diego Alcorta, en cuya cátedra se formaron más tarde muchos de los mejores patricios de la expatriación, como Mármol y López lo han reconocido.

Aceptada la fecha liminar de 1810, los siglos coloniales que la preceden, pueden ser estudiados como el período de los orígenes, pues comprende el trasplante del idioma castellano y la literatura de los claustros, con las crónicas jesuíticas de Lozano y Guevara, o los relatos militares con los Comentarios, de Pedro Hernández, y las narraciones civiles, como el ya citado Lazarillo. Esta tímida corriente de cultura se acentúa después en la Universidad de Córdoba y el virreinato de Vértiz, concluyendo con su misma estructura latinista y teocrática en los días augurales de la revolución.

Incluido ese período colonial, nuestra historia literaria podría dividirse, para su mejor exposición didáctica, en los siguientes períodos cronológicos, más o menos referidos a la historia política, para fijar sus lapsos por fechas muy notorias,

1° Los orígenes: desde las primeras ciudades (siglo XVI) hasta la fundación de la enseñanza universitaria;

2° La iniciación: desde la fundación de la Universidad de Córdoba (1613) y el nacimiento del poeta Tejada (1604) hasta la expulsión de los jesuitas (1767);

3° La revolución: desde la expulsión de los jesuitas y las reformas virreinales (1776) hasta el ocaso de la generación de mayo (1820);

4° La proscripción: desde los caudillos y Rosas (1820) hasta Caseros (1852);

5° La organización: desde la constituyente (1853) hasta el congreso de Belgrano (1880) período éste que se refunde en el 3° y el 4°, pues “la revolución” inspiró la “proscripción” y “la proscripción” hizo madurar los ideales de “la organización”;

6° La actualidad: desde la federalización de Buenos Aires hasta el triunfo de la burguesía cosmopolita.

El período de los orígenes podría permitirnos definir lo que entendemos por argentinidad: coeficiente de una tierra, un hombre, un idioma y una cultura, que al fundirse aquí en el Plata de maneras nuevas en la historia, generaron este fenómeno nuevo que llamamos la civilización argentina. Esta sería la ocasión de caracterizar el medio físico, no sólo como crisol de una nueva sensibilidad humana, sino como temas de nuevos cuadros en la literatura. Se vería entonces con qué elementos se incorporó la raza indígena a nuestra civilización, para saber lo que resta de sus caracteres en Siripo, de sus leyendas y su vocabulario en Santos Vega, pongo por caso. Analizaríamos también cómo se trasplantó el castellano a América, qué métodos lo hicieron triunfar, como se sobrepuso a las lenguas indígenas, y lo que de éstas ha sobrevivido en el léxico

literario —sustantivos de la fauna y la flora, comúnmente— y lo que ha sobrevivido como flor de nuestro folklore, de aquellas incipientes literaturas aborígenes. Pero tal cosa no puede hacerse porque la vida espiritual de una nación es difusa y continua, como lo revelan sus letras, y no puede encasillarse en zonas y fechas tan definitivas. El método de esta división cronológica puede tener ventajas didácticas, pero no filosóficas.

El segundo período que llamo de la iniciación, podría analizar el primer trasplante de la cultura europea y su adaptación al medio americano. La fundación de las universidades de Córdoba y Chuquisaca, de los colegios virreinales, de las primeras imprentas, del primer teatro en Buenos Aires: he ahí los temas iniciales de este período. Importancia esencial nos ofrece entonces, el curso de la latinidad que absorbía, en su doble función teológica y retórica, la vida de las aulas coloniales, pues en tal disciplina se formaron nuestros historiadores y poetas del siglo XVIII. A ese período corresponderá también el estudiar la obra de cultura de las órdenes religiosas, y especialmente la jesuítica, que fueron con otros maestros, nuestros iniciadores en la crónica, la filología, y hasta en las ciencias naturales. Es en este período cuando veremos aparecer tímidamente, la primera luz de pensamiento argentino en el silogismo tomista, el teatro en las loas y autos sacramentales, la oratoria en la cátedra sagrada, el poema en los ejercicios horacianos del aula de latinidad o en los ensayos gongóricos de un poeta criollo como Luis de Tejeda. Por fin en la primera década del siglo XIX, toda esa labor de cultura muéstrase concretada, como producto local, en la alborada lírica de las invasiones inglesas y de la reconquista.

El período de la revolución, tiene los caracteres épicos del vibrante lapso que corre desde la reforma del claustro cordobés por la expulsión de los jesuitas (1767), el franco comercio, la guerra con Portugal, las invasiones inglesas, y el laicismo de Vértiz, hasta el triunfo de la emancipación americana, o sea del pensamiento laico preparado desde el siglo XVIII. Quizás pudiera restringirse más sus términos, y encerrarse entre las fechas más definidas de 1810 y 1820, año de la disolución nacional, según la terminología aceptada por todos nuestros historiadores políticos. Yo he preferido esas otras fechas más distantes, porque ya el año 1807, por ejemplo, a raíz de las invasiones inglesas, marca la alborada de la poesía patriótica, y el poeta que cinco años más tarde va a componer la Canción nacional, es el mismo que en aquellas gloriosas vísperas del virreinato había cantado el Triunfo argentino. Igualmente, en la década que corre de 1820 a 1830, flota aún, siquiera intermitente y debilitado, el hálito heroico de la década anterior, y no se puede considerar todavía abierto el ciclo siniestro de las proscripciones y de la tiranía, cuya hora trágica iba a sonar en 1840. Los géneros característicos de este segundo período, fueron la oratoria con Paso, Castelli, García; el periodismo con Agrelo, Moreno, Monteagudo; la historia con Funes, y la filosofía con Juan Ignacio Gorriti; la poesía civil, de asunto heroico o político, con López, Lafinur, Luca, Rojas, Juan Cruz Varela; la canción popular con Hidalgo, Lamadrid y los poetas anónimos; el epistolario y las memorias con casi todos los próceres de la emancipación, tales como San Martín, Belgrano, Manuel Moreno, Lamadrid, Paz, Guido, Espejo, etc. Son los rasgos generales de este período, la inspiración de la libertad como móvil y asunto; la imitación a los modelos clásicos como forma. Perduraba en esto último la educación virreinal; manifestábase en lo primero el fuerte ideal de la patria que estallara en 1810, enaltecendo a tantos hombres antes oscuros hasta las cimas del heroísmo en la acción y de la elocuencia en la palabra.

El período de la proscripción, que abarca la obra de vigorosos prosistas y vehementes poetas, tiene por figura política central a don Juan Manuel de Rosas, para las referencias a la historia externa del país.

La tiranía de Rosas ha sido considerada siempre por nuestros historiadores como la época más nefanda y estéril de nuestro país. Es, acaso, un concepto que llegará a reverse, sino comienza a reverse ya. Esa es aún “la noche de nuestros tiempos”: como la Edad media lo era en la historia de Europa. La tiranía ha sido nuestra “edad media”, y por eso una edad de germinación, de preñez, de sangre, de parto y de dolor. Edad siniestra para la libertad y la cultura nacionales, ella nos ha enseñado por la lección perversa del despotismo, el valor de la inteligencia y de la ley. Ese imperio de Rosas tornó siniestra y desolada la vida dentro de nuestro territorio para cuantos quisieron combatir con el pensamiento su política; pero el ideal argentino fue entonces, con sus grandes proscriptos, a refugiarse en Montevideo, en Bolivia, en Chile, en Brasil, en Francia; y es allá donde debemos estudiarlo. Por eso lo he llamado a este período de la proscripción y no de la tiranía. Sarmiento, Mitre, López, Varela, Alberdi, Mármol, Gutiérrez, Rivera Indarte, Echeverría, Ascasubi, Cané, Sastre, Godoy, Lamadrid, Gorriti, Paz, Quiroga Rosas, Villafañe y tantos otros poetas menores del liberalismo argentino, son los proscriptos de aquel período, y los hacedores de nuestra literatura en esos años románticos. Período que va desde 1830 hasta 1850, o si queréis desde la ascensión de Rosas hasta el advenimiento de Urquiza, es, sin duda, el más sombrío de nuestra historia política, pero, es, asimismo, el más sólido de nuestra literaria. Este es el período del Dogma, del Facundo, del Peregrino, de las Bases. Ya veis como los ciclos de evolución literaria, no siempre son paralelos y sincrónicos a los ciclos de evolución política. Las letras forman parte de la cultura y por consiguiente de la historia interna de un pueblo: las guerras y los gobiernos, son apenas la faz visible y dramática de su historia exterior. A una tiranía que conculca la libertad, corresponde a veces un renacimiento vigoroso del ideal, por el ansia de reconquistar la libertad perdida. Es lo que ocurrió entre nosotros: Rosas, jupiterino, engendra a Sarmiento, prometeano. La Junta de Mayo realizó la revolución en los hechos; la proscripción la realizó en las ideas. Por eso el programa democrático de 1810 no pudo formularse, definirse y practicarse sino después de 1852. Mayo es un ideal y una pasión; Caseros, un sentimiento y una idea. Este sentimiento y esta idea se han elaborado en los duros años de la proscripción, y su proceso queda, para nuestra historia literaria, en yambos y panfletos. En 1810 la pasión revolucionaria nacía del corazón del país contra el enemigo exterior, que eran el rey y el monopolio; en 1852 la idea revolucionaria nacía de la cabeza del país contra el enemigo interior, que era Rosas o la “barbarie”. Para llegar a esa síntesis —que ha de ser el resorte moral del siguiente ciclo— fue menester que el despotismo enseñara de patria y civilización, por el dolor de haberlas perdido. Por eso mezclábase una angustiada emoción a la obra de los proscriptos. La visión de la patria y la del amor hiciéronse melancólicas. Los poetas veíanse con frecuencia ausentes por igual de sus hogares y de sus novias. Así, Juan Cruz Varela, en 1838, sollozaba más bien que cantaba, desde Montevideo, las efemérides de la revolución.

¡En vano se abrieron de oriente las puertas!
 Como en negra noche mudas y desiertas,
 Las calles y plazas y templos están!
 Sólo para escarnio de un pueblo de bravos,
 Bandas africanas de viles esclavos
 Por calles y plazas discurriendo van.
 Su bárbara grita, su danza salvaje
 Es en este día meditado ultraje
 Del nuevo Caribe que el Sud abortó.
 Sin parte en tu gloria, nación Argentina,

Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
 En su enojo el cielo tal hijo te dio.
 Feroz y medroso desde el hondo encierro
 Do temblorosa mora, la mano de hierro,
 Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.
 Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
 Los nombres de Mayo son nombres de crimen
 Para ese ministro del genio del mal.

Así también en Mármol, truécase el canto heroico en cívico rugido. Así en Echeverría, los infortunios del destierro, ensombrecen en todos sus poemas la visión del Plata. Un soplo trágico atraviesa nuestra literatura de aquel tiempo. La vida de cada uno se agiganta, y cada proscrito es el protagonista de un hermoso drama, fugitivo de las cárceles de su patria, errante sobre mares borrascosos, y mendigo a la puerta de las patrias hermanas. El periodismo degenera en una rabiosa mazorca de la inteligencia, y excede en su agresión hasta la calumnia, con los panfletos agrios de Rivera Indarte. Y a sus gritos que claman al otro lado del río, parece formarles eco al otro lado de las cordilleras, el clamor de Áyax de Sarmiento. Jóvenes pensadores como Alberdi o Mitre, meditan; pero pronto se ve que el análisis retarda el descubrimiento de la verdad y su febril impaciencia se da más bien a descubrirla en el sobresalto vidente de su propia pasión, como viajero que en la tempestuosa noche mira su camino en la selva al resplandor soslayado del relámpago. Y así aparece el Facundo, en Chile, bajo un arranque de furor patético, del que se ve la huella en las palabras de Introducción: “Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte”. El Facundo, como se sabe, fue también un “panfleto” en sus orígenes; panfleto que resultó después historia, poema, romance, cartilla y biblia.

No se ha mostrado aún, de una manera sistemática, ese drama de la proscripción. Lo conocemos por sus anécdotas y por el detalle biográfico de sus principales protagonistas. La historia de la literatura argentina deberá no sólo catalogar y estudiar la obra de sus publicistas y sus poetas, sino rastrear la influencia que ellos ejercieron en las sociedades hospitalarias que los acogían; aquilatar la acción de aquéllas sobre la cultura y el destino de estos sublimes aventureros a quienes devolviélos estadistas, escritores, soldados; reconstituir, por fin, el lazo ideal que a todos los unía, ya estuviesen en París, en Valparaíso, en Montevideo, en Guayaquil, en Tupiza o en Río, formando de ellos una fraternidad de videntes. Pues no otra cosa fue la proscripción. Mientras el dolor de la patria los unió en el destierro, todos formaron una sola familia. Pocos sucesos hay tan hermosos como la emigración de Rosas, ni tan eficaces como enseñanza, para edificar a la juventud de las aulas, en el culto de la patria, de la belleza y de la libertad.

El cuarto período de nuestra evolución literaria, es el que he llamado de la organización. Arranca en Caseros con la caída de Rosas, y podríamos asignarle por límite el año 1880, con la federalización de Buenos Aires. Lo he llamado el período de la organización; pero bien querría llamarle de la “reorganización”. En efecto, las guerras de la independencia, las depredaciones de la montonera, la neurosis del tirano, la proscripción de los hombres más doctos, habían desolado, empobrecido y anonadado a la sociedad argentina; pero esta sociedad había tenido antes una “organización”, en tiempos del virreinato, con caminos, postas, fortunas, teatros, imprenta, milicias, gremios, salones, escuelas, industrias, paz. En cuarenta años, el ejército había degenerado en montonera, el héroe en caudillo, el virrey en tirano, el campo de la epopeya en pampa de la barbarie. Destronado Rosas, los proscritos volvieron a reconstituir la sociedad y el Estado, a organizarlos sobre “las bases” de la libertad

democrática. Eran las Bases que Alberdi acababa de formular para Constituyentes. Su libro resumía sabia y oportunamente las ideas que había agitado la prensa de Chile y el Uruguay, durante los años del destierro. Los proscritos volvían a la patria y entraban en un nuevo período. De demolidores se hacían edificadores. De ahí la polémica de Alberdi con Sarmiento sobre los deberes de la prensa y de ahí la polémica de Mitre con López sobre los métodos de la historia patria. De ahí la Constitución promulgada por Urquiza y el Código Civil de Vélez Sársfield. De ahí el programa pedagógico de Sarmiento, de Mitre, de Gutiérrez, de Jacques y de Avellaneda. De ahí las altas lecciones cívicas de todos aquellos puros varones. De ahí la obra poética de Olegario Andrade y de José Hernández, henchidas ambas de vigorosa argentinidad. De ahí el florecimiento de la oratoria en las tribunas de la libertad republicana. La necesidad de organizar la nación —y como quien dice: de volver a crear la patria— absorbe entonces las capacidades más fecundas. Nuestra literatura asume la entonación civil de la hora, de la empresa y del ambiente. La producción se hace casi exclusivamente razonadora, didáctica, jurídica, política. Aunque parezca extraño, se sueña y canta menos que en los años aciagos de la proscripción; los años de romántico lirismo y de nostálgica evocación, que vieron aparecer *La cautiva*, *la Amalia* y *los Recuerdos de provincia*. Tan es así, que los nuevos poetas líricos, Guido Spano y Ricardo Gutiérrez, acércanse más bien al quinto ciclo, o sea la época actual, pues florecieron hacia el año 1880.

Al fijar la fecha de 1880 como término de este período, no entiendo establecer un límite preciso, sin dar ubicación cronológica al acontecimiento, de suyo más difuso, que inicia una nueva era en la sociedad argentina. Dije antes, el cabildo de Mayo, la ascensión de Rosas, la batalla de Caseros; ahora digo la federalización de Buenos Aires. Tal era, ciertamente, el acontecimiento político que nos faltaba realizar para dejar consumada la organización del Estado, forma legal de la nacionalidad. A la constitución que había reunido las provincias preexistentes en un pacto de unidad, era necesario agregarle la ley que diese a las catorce provincias una ciudad neutral, y fuese el foco de la civilización argentina. A La ciudad indiana que García describe, le había seguido *La gran aldea* que pinta Lucio López. A ésta debía seguirle la ciudad moderna, cosmopolita, ruidosa, rica, que aparece a trozos, porque ya es muy compleja, en *La bolsa* de Julián Martel, y en *El mal metafísico* de Manuel Gálvez, o en *M'hijo el doctor* de Florencio Sánchez.

Corresponde a este sexto período, o sea a la actualidad de las tres últimas décadas, la emancipación de la actividad literaria como función distinta de la política. Antes de nuestro tiempo, la literatura argentina ha sido crónica de convento en la obra de Lozano, ejercicio de retórica en las aulas de latinidad, acróstico ingenioso en los túmulos del ceremonial, letrilla ligera en la tertulia del señor virrey; ha sido posteriormente, arenga en las asambleas, proclama en los campamentos, sermón en los púlpitos, artículo en las gacetas, himno en los certámenes, pero todo ello como apasionada o necesaria expresión de civismo, en los días heroicos de la emancipación; ha sido más tarde opúsculo volante en la nostalgia patriótica de los proscritos, en los ataques contra Rosas, en la discusión de los problemas institucionales: por eso escribe Echeverría su *Insurrección del Sur*, Mármol su *Amalia*, Sarmiento su *Facundo*. El período siguiente se muestra más reposado en sus pasiones, más desinteresado en sus propósitos; pero la literatura sigue viviendo a la sombra de la política, y sus principales libros, tales como el *Belgrano* de Mitre, que es historia y culto del héroe libertador, y *Luz del día en América*, que es sátira novelada de nuestras turbulentas democracias, y *Martín Fierro*, poema de costumbres con sus gauchos victimados por las pequeñas tiranías rurales impunes en el desierto, todos llevan el sello de la política, por su tema o

la mano marcial que las escribiera. Ese propósito de crítica social es evidente y repetido en el *Martín Fierro*.

De los males que sufrimos
 Hablan mucho los puebleros!
 Pero hacen como los teros
 Para esconder sus niditos:
 En un lao pegan los gritos
 Y en otro tienen los huevos.
 Y se hacen los que no aciertan
 a dar con la coyuntura
 Mientras el gaucho lo apura
 Con rigor la autoridad,
 Ellos a la enfermedá
 Le están errando la cura.

Por eso el poema concluye con los siguientes versos:

Y si canto de este modo
 Por encontrarlo oportuno,
 no es para mal de ninguno
 Sinó para bien de todos

Y cantos como el de *Martín Fierro* deben de haber redundado “en bien de todos”, porque el desierto está pacificado y sembrado tal como Andrade lo presentía en su Atlántida, porque la conciencia de justicia va transformando la de autoridad; y porque en la antigua aldea, hoy engrandecida por el trabajo y embellecida por la cultura, un poeta de larga cabellera vatídica ha podido vivir y envejecer, tranquila y noblemente consagrado al silencioso culto de la poesía...

Pero había dicho al comenzar esta cronología, que ella sólo puede tener un fin didáctico, pues refiere las corrientes espirituales, que son difusas y continuas, al hecho concreto y casi visible de la historia externa. Esta es además cosa notoria en nuestro país, hasta por la divulgación pedagógica, mientras la historia interna de la nacionalidad está por hacerse, o intenta hacerla mi sistema sobre la literatura argentina y la evolución de la cultura en el Plata. Así las fechas de la historia política podrían servir tan sólo para guiarnos de lo conocido a lo desconocido, con notoria eficacia didáctica. Pero una vez entrados en la sustancia de nuestro tema, que es la conciencia nacional en función de cultura, ya esos lapsos cronológicos son insuficientes, como los andamios del alarife a la esbeltez de la torre construida. Lo que necesitamos es subir a ella luego, para avizorar el campo en toda la amplitud de su horizonte, de su belleza y de su luz.

IV

Una historia crítica de la literatura argentina, no podría reducirse a la división en períodos, que acabo de plantear. Es, como antes dije, una división ideada para facilitar su exposición didáctica, y vincularla mejor a su propio ambiente. Dada la continuidad histórica del fenómeno literario, su historiador ha de mostrar esa continuidad, razonándola. El método de la simple descripción bibliográfica no basta para ello, pues anarquiza y fragmenta la exposición. El método de las biografías tampoco sería por sí solo suficiente, pues apenas sí mostraría la sucesión externa y material de “las vidas”: y en los casos de autores sincrónicos, obligaría a repeticiones enojosas. Es lo que han

hecho Faguet en Francia, Carducci en Italia, Macaulay en Inglaterra, Menéndez y Pelayo en España, José Veríssimo en el Brasil, Medina en Chile, multiplicando sus monografías sobre temas biográficos o bibliográficos de historia literaria, pero sin crear una historia y una filosofía de sus respectivas literaturas nacionales como fenómeno colectivo. Conviene, pues, unir vidas y obras por el estudio del momento y del medio, para seguir la emancipación progresiva de la función literaria en nuestro país; mostrar los sucesivos grados de educación estética, de maestría técnica, de cultura social, y señalar la creciente división de los géneros, la cotización de las obras, la lucha de las escuelas, la consideración popular y oficial por la persona de los artistas.

Estudiar nuestra vida literaria por la educación, la vocación, la profesión de nuestros escritores; su éxito, sus costumbres, su gloria; describir nuestro ambiente literario por la atención, la indiferencia, el gusto de nuestro público: su prensa, su teatro, su crítica; buscar para el autor el documento psicológico y para la obra el documento social; analizar la neurosis melancólica de Echeverría o la neurosis paranoica de Sarmiento; aquilatar el éxito diverso de Stella y de La gloria de Don Ramiro; seguir la evolución poderosa de nuestra prensa, desde la humilde imprenta de la Casa de expósitos hasta la actual profusión de diarios y revistas; ver las relaciones de la librería con el autor y su público, para esclarecer aspectos económicos y morales de nuestro problema editorial, trazando al paso la silueta de libreros tan diferentes como el noble Casavalle y el cicatero Garnier; describir nuestros efímeros salones literarios, nuestras sociedades de ideal y de arte: tal la Asociación de Mayo y el Ateneo de Buenos Aires; mostrar tal transformación de nuestro teatro como costumbre social, desde la humilde Casa de Comedias del siglo XVIII hasta los actuales escenarios de drama y ópera extranjeros; descubrir lo que bajo un brillo de cultura mundana hay en nuestro ambiente de trasplante perulero y de ignorancia aborigen; dilucidar la influencia de los viajes, así de los que nos han traído escritores célebres como Anatole France, y así de los que nos llevan a Europa obreros tan valiosos como el errante Ángel Estrada; hacer, en una palabra, que todos estos hechos dispersos concurren por animada y continua relación, a enseñarnos cómo ha evolucionado en la República Argentina “la vida literaria”, hasta llegar a formas de creación más intensa, —he ahí la tesis o lección ideal, que habrá de ligar libros y autores a través de esa historia.

Pero la más grave dificultad que esa evolución meramente literaria puede plantearnos, es la que se refiere a la lucha de las escuelas estéticas, generalmente agrupadas en torno de poetas y filósofos eminentes por su propio talento y característicos por su propia individualidad. El suelo, la raza, el idioma, podrán explicarnos ciertos aspectos subconscientes de la obra literaria como expresión de nacionalidad; pero sólo el genio individual, la cultura de una época, el gusto orientador de que suele llamarse una “escuela”, nos explicarán lo que hay de consciente en la obra literaria como expresión de belleza.

La influencia internacional de las grandes renovaciones estéticas dentro de una literatura, suele repercutir sobre las otras, generalizando en varios pueblos una manera de arte. La comunicación habitual de unas naciones con otras, o la obra de un poeta arriesgado, suelen conducir a través de diversas lenguas una revolución literaria. Así se generalizan sus ideales o sus cánones, y lo que nació en Italia o Alemania, llegó a ser una escuela europea. La reforma lírica de Garcilaso y Boscán en España, reconoce sus raíces en Italia del Renacimiento, y ésta, que le prestaba sus modelos, plasmábalos no poco en las renacientes formas griegas y latinas: así, por ejemplo, la poesía bucólica. Igual cosa pudiéramos decir del romanticismo, que nace en Francia, pero que se engendró en Alemania y corrió después por tan diversas y lejanas partes del mundo.

Dotados los pueblos americanos de idiomas europeos, todas sus renovaciones literarias han repercutido en este lado del Atlántico. El inglés en los Estados Unidos, el portugués en el Brasil, y el español en el resto del Nuevo Mundo, han sido el vehículo natural que traía a estas nuevas naciones las ideas que estaban renovando las letras en sus naciones de origen. Otras veces, la influencia inicial ha pasado, no ya de una nación europea a España y de ésta a América, sino que ha sido traída del idioma extranjero al nuestro, por algún innovador americano, como ocurre con Echeverría, que educado en Francia, trajo al Plata el romanticismo de 1830, o como ocurre con Rubén Darío, que trajo a Buenos Aires el modernismo francés en 1895. Unas veces, la mediación española fue exclusiva, según se ve en el clasicismo del siglo XVIII: Labardén, Luca, López, Lafinur; otras se funde con la influencia francesa de Víctor Hugo y la inglesa de Byron, a través del poeta Echeverría, según se ve en el romanticismo ya señalado; otras, la influencia renovadora llegó primero al Plata, y fue de América a España, según ocurrió con el modernismo, como hoy lo reconocen los críticos de Rueda, Marquina, Valle Inclán y Francisco Villaespesa.

Un país tan entregado a influencias internacionales, como la República Argentina, y que las ha soportado desde sus orígenes, en la economía, en la milicia, en el gobierno, no podía substraerse a las revoluciones extranjeras, en esfera tan difusiva y vibrante como lo es la del arte y de sus ideas. Así la historia literaria de la república puede ser dividida por sus ciclos estéticos, a la manera como la hemos dividido por sus períodos cronológicos. Estos últimos ponen nuestra literatura en paralelismo con el medio social donde se ha ido formando; en tanto que sus ciclos estéticos pónenla en confrontación con la filosofía del arte europeo, o sea con esta moderna civilización del Atlántico, que ha sucedido a la clásica civilización del Mediterráneo, fuente primera de nuestra propia cultura.

De esas escuelas estéticas, tres son las que han repercutido en el Río de la Plata:

- El clasicismo en el siglo XVIII;
- El romanticismo en el siglo XIX;
- El modernismo en la época actual.

Acaso deba con propiedad decir que sólo estas dos últimas han renovado nuestras letras, pues el clasicismo fue consubstancial con nuestros orígenes literarios. Vino con el curso de latinidad que disciplinaba la retórica del siglo XVII. Fue la forma escolástica y convencional que sobrevivió a la gloria del Renacimiento. El colegio de San Carlos y las universidades coloniales enseñaban sus cánones. Los maestros jesuitas y los poetas españoles de la decadencia daban la pauta de la imitación, cuyo fruto primigenio fue el Peregrino de Tejeda, imitación de Góngora, mechada de teología y latinidad. Nadie sentía ni pensaba por sí propio. El hipérbaton forzaba con frecuencia la asociación espontánea y elegante de las ideas. La nomenclatura mitológica, aprendida prácticamente en Virgilio y Ovidio, substituía a la visión directa de la naturaleza. El océano se llamaba Neptuno; Venus el amor; la guerra Marte y hasta Mavorte. El nombre de Marte suena en los versos del Himno nacional, junto al del Inca, a pesar del robusto sentimiento americano que lo henchí. Enseñábase a imitar de los clásicos la forma, para nosotros inexpresiva o seca de sus obras, y no el sentimiento de la naturaleza, que las había creado. Substituíase a la emoción y a la imagen, la fórmula y el concepto en la obra de los poetas. Juan Cruz Varela llegó a dar, entrado el siglo XIX, la nota definitiva de aquel gusto anacrónico y exótico, escribiendo su *Argia* a imitación de Quintana y Alfieri. Lo que había sido “clásico”, tornábase “clasicismo”. La ley se hacía regla; la armonía viviente del universo, equilibrio mecánico. Por eso en medio de la timidez general, la oda de Labardén *Al Paraná*, sonó como una cosa audaz y nueva:

Ven sacro río, para dar impulso
 Al inspirado ardor; bajo su amparo
 Corran como tus aguas nuestros versos.

Y más sorpresa debieron causar aún aquellos versos de *La cautiva*, por cuya primera décima entraba ya, triunfante y gloriosa, la visión infinita de la pampa, la húmeda luz de los cielos argentinos, el aroma rural de los pajonales, la yagua huyente de los malones, como quien abriera al ámbito de la vida local, la ventana del claustro escolástico:

Era la tarde y la hora
 En que el sol la cresta dora
 De los Andes

O aquellos otros que dicen:

A veces la tribu errante
 Sobre el potro rozagante,
 Cuyas crines altaneras
 Flotan al viento ligeras,
 Lo cruza cual torbellino,
 Y pasa: o su toldería
 Sobre la grama frondosa
 Asienta, esperando el día...

En eso consintió el romanticismo: fuerte sentimiento de libertad en la vida, que se traducía por la libertad del sentimiento en el arte. La nueva escuela —renovación cíclica de emociones, de costumbres e ideas— generó una política, una filosofía, una indumentaria. Ella rehabilitó la pasión y devolvió el sentimiento de la naturaleza. Todos los proscritos vivieron un destino romántico, y lo soportaron en la vida real, involuntariamente, antes de cultivarlo por doctrina estética. Sarmiento había abandonado primero San Juan, y escrito después el *Facundo*. Mármol había abandonado primero Buenos Aires, y escrito después la *Amalia*. Ninguna doctrina se acomodaba mejor a aquel momento de nuestra historia, en que las almas superiores anduvieron errantes, misérrimas, proscriptas, nostálgicas de sus patrias y de sus novias, combatientes airados del despotismo, valientes visionarios de la libertad. Ningún escenario se acomodaba tanto a las exigencias de esta escuela que incorporaba en sus poemas y sus novelas los seres y paisajes de las tierras vírgenes, como esta tierra del nuevo mundo, donde los propios maestros del género en Europa —Chateaubriand con *Atala*, y Hugo con *Momotombo*— habían hallado tema o ambiente de leyendas y cantos.

Es sabido que al romanticismo lo siguió, al menos en ciertos géneros, el naturalismo de Zola. Tuvo este maestro numerosos lectores en la República Argentina, pero no tuvo prosélitos. Salieron en Buenos Aires las ediciones castellanas de algunas de sus obras —*Roma*, *Fécondité*— al mismo tiempo que lanzaba en Europa sus ediciones francesas. Esto da la medida de la extensión de su público, tan entusiasta hace diez años y hoy casi olvidado de él, como reflujo del espiritualismo estético contra la grosería de su escuela. Zola tuvo, pues, numerosos lectores, pero careció como he dicho, de verdaderos prosélitos. Quizás esto se deba a que carecíamos de novelistas, aunque tenemos una que otra novela, alguna muy significativa como documento de ambiente y

reflejo cruel de nuestras costumbres políticas: me refiero al Nieto de Juan Moreira, de Roberto Payró.

A diferencia del naturalismo, el modernismo ha influido profundamente sobre nuestra literatura en sus varios matices de parnasianismo, simbolismo y decadentismo. Es una escuela que ha llegado a nosotros a través de escritores franceses: Leconte de Lisle, Verlaine, Albert Samain, Jules Laforgue, Rachilde, Gourmont, France —todos los que Darío encareció en sus Raros— y posteriormente el italiano D'annunzio, el inglés Oscar Wilde, el portugués Eugenio de Castro, el yanqui Walt Whitman, y el precursor de todos: Poe, cuyo Cuervo ha graznado la ronca voz del misterio y cuyas Campanas han cantado la clara voz de la alegría, a todos los poetas de las nuevas generaciones europeas a partir de Baudelaire, y americanas a partir de Silva.

Esta última renovación ha recibido diversos nombres en Europa y América. Fundada en una filosofía individualista, las “capillas” se multiplicaron. Escuela de idealismo, de libertad y de fantasía, no han escaseado en ella los extravíos grotescos. Escuela enamorada del color y de la forma, ha fomentado entre nosotros la sensualidad enfermiza y el cosmopolitismo, degeneración del individuo y de la raza. Escuela de renovación y de lucha, ha combatido en todos los terrenos y recibido nombres de escarnio. Ha habido en ella “simbolistas”, “instrumentistas”, “versolibristas” y “decadentes”, que es, con “delicuescentes”, su denominación más popularizada. Sus resultados han sido de consideración en la técnica de la prosa y del verso, y su influencia ha llegado a la prensa, al cuento, a la crítica. El modernismo tuvo por centro al Ateneo, de la calle Florida, y por ser su historia acontecimiento de nuestros días, no podemos formular aún nuestro juicio desinteresado; pero es evidente que su renovación perfeccionó las formas de nuestra literatura y nuestro sentido universal de la belleza, aunque nada hizo por la cultura como expresión orgánica de la nacionalidad. La nueva generación argentina parece haber empezado ya una reacción contra ese movimiento, glorioso no obstante, en algunos altos líricos americanos como Casal, Silva y Darío.

No debo concluir este resumen de nuestras escuelas literarias, sin señalar, a propósito de revoluciones estéticas, dos rasgos característicos de nuestra evolución literaria: me refiero al sincronismo de nuestra poesía lírica con la del mismo género en toda la América española; y a los elementos de una poesía indígena regional que ha pugnado por mantenerse y florecer paralelamente a las escuelas exóticas.

El primero de los antedichos caracteres se ha revelado por cierta común manera de sentir y cantar, que une como por un aire de familia a todos los poetas de Hispano-América, en los sucesivos períodos de nuestra evolución literaria. Entiendo señalar con ello un carácter evidente de nuestra poesía lírica y no de los otros géneros, pues nuestro embrionario teatro nacional es un fenómeno regional rioplatense, exclusivo y genuino; en tanto que análoga localización podría demostrarse en nuestra prosa, doctrinaria o narrativa, con obras como el *Facundo*, *Amalia*, *Juvenilia* y las *Bases*. La poesía lírica, en cambio, ha vibrado por ritmos y emociones más generales, que la recorrían desde Méjico al Plata, en cada nuevo período. Acaso pueda decir que esa generalidad de las maneras del canto, incluya también a los poetas de España, como si se tratara de renovaciones comunes de toda el alma contemporánea, o de corrientes de vida que atravesaban el idioma todo. Por eso cuando un gran poeta ha aparecido en Buenos Aires, ha tenido seguidores e impugnadores en las regiones tórridas del norte, y el fenómeno inverso se ha producido en el sur, si había ese poeta aparecido en Caracas o León. La juventud americana de las aulas y de los amores, ha sido siempre la indicadora vigilante, solidaria y sensible de tales advenimientos de la raza. De ahí la fama de Manuel Acuña en Montevideo y Buenos Aires, o la de Almafuerte en Méjico y la Habana. Y es que hay una poesía hispanoamericana, clásica primero, romántica más

tarde, modernista hoy. Cuando el poeta José Asunción Silva plañía en Bogotá su desolante Nocturno, toda la América lo escuchaba con religioso silencio; del mismo modo que cuando Olmedo, a los comienzos del siglo, alzó en el Ecuador su Canto a la victoria de Junín, toda la América escuchó las estrofas que empezaban:

El trueno horrendo
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios que anuncia que en el cielo impera.

Y a fe que los pindáricos acentos de esa oda, ya parecían venir de las precedentes odas de Quintana, y aún continuaron resonando hasta los días de Prometeo y la Atlántida, como si esos acentos se dilataran retumbando, según la expresión de su propio verso, por “la inflamada esfera” lírica de un solo idioma y de una sola raza.

Carácter muy diverso de todo ello, nos presenta esa otra fase de la poesía argentina, que antes he definido como una tendencia indígena a crecer y florecer independientemente de las modas estéticas, de las influencias exóticas, del internacionalismo propio de nuestra vida y de nuestro idioma. Me refiero a la “literatura gauchesca”, forma tan definidamente “argentina”, por su tipo, su ambiente y su lenguaje, que a ella he dedicado esta primera parte de mi obra sobre la literatura nacional. De ahí que necesite, en esta introducción, destinarle un párrafo de estas reflexiones preliminares.

V

La historia de nuestra evolución literaria no podría prescindir de Hilario Ascasubi, de Estanislao del Campo, de José Hernández, como autores de una poesía que tendió a reflejar, por la simplicidad del relato, por el verismo de la descripción, por el regionalismo del vocabulario, la vida, las costumbres, el espíritu de nuestros gauchos, la emoción de las pampas y selvas nativas. Bajo sus toscas apariencias, la obra de tales poetas encierra los gérmenes originales de una fuerte y sana literatura nacional. Desdeñadas esas obras rurales por una parte de nuestro país, la actitud de sus críticos hostiles, recuérdame aquellas irónicas y sabias palabras con que Gastón Paris prologaba, hace ya tiempo, entre un ambiente frío u hostil entonces, sus estudios sobre la poesía medieval de Francia: *Je n'ai jamais songé, pour ma part, à réclamer pour cette poésie l'admiration de ceux qu'elle ennuie ou qu'elle révolte: il leur est bien facile de n'en pas prendre connaissance, et c'est un droit dont le public, en général, use largement*. La literatura gauchesca ha, sin embargo, conquistado el aplauso de los más severos críticos españoles. Tal cosa es significativa, y si no realizan un definitivo ideal estético, marcan al menos un camino y plantean para la crítica argentina uno de sus más profundos y complicados problemas: saber en qué proporción ha entrado en ella el alma genuinamente argentina, y en qué medida debiera darse entrada a esa tendencia en nuestra literatura venidera y en los ideales de un arte nacional.

De los tres poetas mencionados, José Hernández, con su *Martín Fierro*, es el que sobresale; y casi diría que sálvase en él su género. Ascasubi carece de su vigor instintivo y lozano: del Campo de su espontaneidad y su realismo. Y si tales son sus predicamentos de técnica, de forma y de color, el *Martín Fierro* llega, por su unidad y por su asunto, a ser para la nación argentina algo muy análogo a lo que es para la nación francesa la *Chanson de Roland* y el *Cantar del mío Cid* para la nación española.

Bartolomé Hidalgo había sido el “precursor nominal” de la poesía gauchesca en el Plata; pero ya el género existía desde los romances que se inspiraron en las invasiones

inglesas, y acaso esté en ellos el lazo que lo liga a los elementos de la poesía popular. Siempre consideré un error de nuestros viejos cronistas el considerar a Hidalgo como “creador” o “fundador” de eso que llamare la escuela payadoresca. El lenguaje vulgar, el metro romancesco, la guitarra y su lírica, el relato épico y la representación de ambiente pampeano, todo ello existía desde mucho tiempo atrás, cuando apareció el autor de los Diálogos patrióticos. Tratábase de un género épico, de creación colectiva, cuyo autor fue nuestro pueblo y cuyos orígenes, según lo veremos en esta obra, piérdense en los orígenes del idioma nacional y de la tierra nativa.

Después del Martín Fierro, la forma gauchesca no parece haber prosperado en el verso argentino. Las tendencias cultas han triunfado en él; pero, en cambio, la emoción rural que inspira la epopeya de Hernández, ha irrumpido de nuevo en el teatro y la prosa narrativa, formas que antes no frecuentó. Eso es lo que nos revelan las obras de Joaquín González, Martiniano Leguizamón, Florencio Sánchez, Fray Mocho, Sánchez Gardel, Roberto Payró, dramaturgos y narradores de nuestros días. Parece que es en ellas donde van a salvarse las emociones de la tierra nativa, a menos que, para continuar viviendo en el verso, asuman las formas de la estrofa culta, como ocurre en los cantos de Rafael Obligado. El Martín Fierro ha sido el tipo literario de un momento social. Hoy no podríamos renovarlo sino por medios reflexivos, no emocionales, y bien sabemos que ése no es el procedimiento del arte verdadero. Haríamos un remedo del erudito, buscando una artificiosa forma popular.

Así caracterizo esa forma gauchesca en tres períodos: el primero, anónimo, de germinación oral (folklore); el segundo, con Hernández, de culminación (Martín Fierro); y el tercero de trasmigración a otros géneros escritos (teatro, novela y lírica nacionales). Tal arte es, si bien se mira, el reflejo de la honda fermentación racial producida en la patria por la ocupación española, por las guerras de independencia, por las luchas civiles, por la conquista del desierto patagónico, por la crisis étnica de la inmigración cosmopolita. Por eso vemos como protagonistas de esa literatura al indio, al gaucho, al colono actual —Siripo, Fierro o Cocoliche— con el desierto por ambiente.

Todo ello en cuanto a su contenido político. Pues en cuanto a su técnica literaria, tal formación podría llamarse de nuestros primitivos. Ya la consideremos en el arte oral de los campesinos, ya en los poemas escritos, ya en las formas derivadas pertenecientes a otros géneros, nótase en su técnica cierta dureza de lenguaje y arquitectura. Primitivos son, por su modelo y su técnica. Sea por el vulgarismo ingenuo de los payadores folklóricos, o el vulgarismo derivado de los gauchescos, o el vulgarismo necesario de los dramaturgos criollos, es lo cierto que un cierto aire de simplicidad en la psicología (caracteres, asuntos, ambiente) y de rusticidad en la técnica (verso, diálogo, poema), ensambla y caracteriza toda esa forma estética.

Meditando sobre ella desde mis primeros años de vida literaria, llegué a ver ese rasgo de unidad, y por él descubrí que su duración abarca toda nuestra historia. Un tipo tan persistente de poesía no podía ser el fruto de un pasajero estado político, ni de un capricho individual. Obedecía sin duda a causas más profundas. Sus raíces se hundían, probablemente, en nuestro suelo, en nuestra raza, en nuestra lengua.

He dicho lo que creo demostrar ampliamente: la identidad de esa poesía con el alma argentina, y su carácter épico, representativo de la raza como entidad espiritual, y la significación del Martín Fierro dentro de ella; y por fin su poder de fecundación en los otros géneros cultos de la literatura nacional.

De todo ello, vínome la concepción de mi doctrina estética, de mi credo “indianista” como escritor, del nacionalismo filosófico, en fin, para explicar la evolución anterior de nuestra literatura y servir de luz orientadora a nuestra literatura venidera.

Si esto es fundar una escuela, digo que la he fundado para mi propio uso como doctrina. Si ella es capaz de proselitismo, el tiempo lo dirá, con la adhesión o el repudio de la juventud literaria.

La tesis de mi indianismo es que la tierra forja la raza; ésta revela un espíritu local a través del hombre; y aquella fuerza “divina” de los elementos primordiales, llega a manifestarse en un tipo nacional de cultura. Esa cultura es desde luego una filosofía, vale decir una teoría y una práctica de la historia; y es también un arte, vale decir una representación estética de la vida en su medio local.

La poesía gauchesca ha sido nuestro primer ensayo de un arte propio; y como ella, lo son todos los conceptos filosóficos o las formas estéticas que se relacionan con el tipo gauchesco. Por eso he estudiado en la literatura folklórica y en los poemas payadorescos, las fuerzas generadoras de la argentinidad, ese alcaloide de la vida argentina. Para ello he debido hundirme en el suelo mismo, como un árbol hunde en el suelo sus raíces, para buscar la propia savia vital. Por eso he comenzado el estudio de los gauchescos en la poesía indígena de nuestros campos, recogiendo los restos de nuestras lenguas precolombinas, ese subsuelo del espíritu patrio. De los gauchescos he podido, en fin, pasar a la prosa de Sarmiento en el *Facundo*, a la lírica de Rafael Obligado en el *Santos Vega*, o al drama de nuestros escenarios nacionales como *La gringa* o *M'hijo el doctor* de Florencio Sánchez. Así he formado esa teoría de los gauchescos, a quienes pudiera llamar también los nativos, los primitivos o los payadores, definiendo con dichos nombres algunos de sus caracteres.

Sobre la roca primordial de los gauchescos, génesis de esa formación, he visto sedimentarse después mi teoría de los coloniales, dejada por el trasplante neptuniano de la colonización española; de los proscriptos, dejada por la remoción plutónica del liberalismo democrático; y de los modernos, dejada por las “transgresiones” del individualismo cosmopolita. Históricamente, esas formaciones son nuestra edad media, nuestra edad moderna, nuestra edad contemporánea, o sea la colonia, la revolución y la constitución. Estéticamente, esas formaciones son nuestro clasicismo, nuestro romanticismo y nuestro modernismo. A cada uno de ellos he de destinar una parte de esta obra, hasta completar la exposición de mi doctrina.

Consumado ese análisis, mi lector ha de ver cómo esa literatura gauchesca y sus formas precursoras o sucesoras en el arte genuinamente nativo, constituyen la poesía de la emoción territorial, médula vivaz del árbol simbólico que tiene su raíz en el folklore, su tronco en el Martín Fierro, su ramaje en los géneros similares, y al cual envuelven con su corteza, ocultando la savia y la fibra, esas cáscaras añales del escolasticismo colonial, del romanticismo republicano y del individualismo estético, leña útil del hogar, pulpa sabrosa de los frutos, rama florida de los pájaros cantores.

Así se perpetúe en ese árbol simbólico nuestra patria —suerte de ombú nativo— a la manera de aquel otro árbol legendario, el fresno, en que los bárbaros representaban la vida múltiple del mundo.

VI

He procurado en este capítulo de introducción, establecer los límites y caracteres de nuestra materia. Acaso haya sacrificado la profusión del detalle a la vastedad del conjunto, y el brillo de la forma a la precisión de la palabra docente. A pesar de ello, habrá podido verse que me propongo historiar las emociones, los sentimientos, las pasiones, las ideas, las sensaciones, los ideales argentinos, tomando como signo de esos estados del alma nuestra literatura. Casi cuatrocientos años abarca esa documentación; cuatro siglos de vida mental en nuestro territorio, que nos permitirán entrever, a la luz

del espíritu, el secreto más íntimo de nuestra vida, y acaso la personalidad de nuestro pueblo en los universales dominios del arte.

Hace ya buen tiempo que la bibliografía histórica viene creciendo en nuestro país, pero toda ella, desde las crónicas coloniales hasta las monografías más recientes, se reduce a una vida o a un hecho, o roza solamente los temas de la historia externa. Nuestras batallas, nuestros gobernantes, nuestras formas políticas, nuestras reformas económicas, han tenido valiosos historiadores. Las historias biográficas y militares, se esclarecen con el *San Martín* y el *Belgrano* de Mitre, con el *Mendoza* y el *Liniers* de Groussac. La crónica de las muchedumbres políticas, tienen por prez la *Historia* de López y las *Multitudes* de Ramos Mejía. La evolución constitucional ha sido descrita en las obras de Saldías, de Varela, de González. La evolución económica empieza a ser estudiada, con afán plausible, por aptos investigadores de la nueva escuela. La historia externa de “la ciudad indiana” ha sido contada por García; y así por otros la historia externa de la iglesia, el ejército, la educación. He ahí el tipo de nuestra bibliografía en el género. Pero la evolución del espíritu argentino, estaba aún por reconstituirse. Lo que habíamos pensado y sentido en cuatro siglos sobre la patria, el amor, el odio, la muerte, la gloria, —sobre los perennes temas de la literatura universal—, eso quedaba por estudiarse. Biografías de poetas, como las muy someras que dejó Juan María Gutiérrez, o bibliográficas de nuestras prensas, como la que debemos a don José Toribio Medina, eso es lo único que habíamos logrado en materia de historia literaria, o bien impresiones críticas sobre un escritor o un poema, sin lazo de unión con la totalidad del fenómeno. He ahí lo que yo me he atrevido a emprender: la reconstrucción total de ese fenómeno en todos sus momentos sociales y en todas sus manifestaciones estéticas.

Con tal magnitud, ha resultado esta obra un ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. Pues mi concepto de la literatura no es sino el de un idioma en función estética o en función científica. La literatura abarca todo el contenido de la conciencia como expresión y del universo como representación. El filósofo ve caer en ese cauce la poesía y la didáctica. El estudio completo de una literatura ha de abarcar, así, todo el logos del hombre, desde el folklore hasta el parnaso, desde el arte del rústico hasta el del culto. Por eso he sumado en mi obra, a la bibliografía, poética, la poesía anónima y a la prosa literaria, la literatura científica, desde Azara hasta Ameghino.

Concebido mi tema con esa amplitud, fue mayor la tarea de investigación que impuse a mi voluntad y mayor el esfuerzo de síntesis que afrontó mi razonamiento.

Al asumir en 1912 la cátedra de literatura argentina que en la Universidad de Buenos Aires me tocó inaugurar, dije en mi conferencia de fundación: “Deberé no sólo dictar la asignatura, sino crear la materia; pues se me entrega una cátedra sin tradición y una enseñanza sin bibliografía”.

Quise decir que carecíamos de una historia crítica de la literatura argentina, y agregué que esa cátedra me daría ocasión de apresurar este trabajo que venía realizando desde entonces. Dicha asignatura ha figurado últimamente en los programas de los colegios nacionales; pero como parte de la literatura castellana o de la general. Es un nuevo signo del abandono en que hemos tenido los estudios patrios. De ahí que la literatura argentina sólo haya sido una bolilla del programa, y en el mejor de los casos, una lección presurosa, que, después de haber estudiado las letras de España en el inglés Fitz Maurice Kelly, se contestaba en clase por someros opúsculos. Tampoco había funcionado antes esta cátedra en las universidades argentinas; y lo que es más grave aún, hasta se había negado la existencia de una literatura nacional. En 1881 la Cámara de Diputados aprobó una ley que creaba una Facultad de Humanidades, precedente de la actual Facultad de Letras: entre sus materias creábase la de literatura argentina; pero aquello nunca pasó de un buen propósito.

Cuando una vez, en la década del 80, quísose fundar una cátedra de literatura americana en nuestros colegios, Don Bartolomé Mitre, nuestra más alta autoridad en tales materias, consultado al respecto, resumió así su dictamen: 1° no existe una literatura hispanoamericana; 2° existen, empero, los primeros materiales que en el futuro han de formar la obra.

Un catedrático del Uruguay (Entre Ríos) citó esa opinión de Mitre poco después de 1880, sosteniendo: “En las producciones de que puede disponerse entre nosotros, no hay material para formar un texto que sirva para dictar un curso de literatura argentina y americana”. Aquéllos eran aún los tiempos en que la literatura se reducía a las bellas letras y su enseñanza a los ejemplos de la preceptiva. Una literatura se estudiaba para formar el gusto en los modelos.

Mitre consideró necesario aclarar su opinión. “En literatura, como en población, dijo, la América del Sud, está todavía en estado de colonización... La mayor parte del terreno no sólo no está cultivado, pero ni siquiera ocupado, y las colonias literarias carecen hasta de representación...” Si por literatura se ha de entender lo que ella significa, es decir, un conjunto de obras que abrace el vasto campo del pensamiento humano, que comprenda, además, todos los géneros que ella comporta, creaciones originales que señalen un progreso en las letras, o escritores que sin haber alcanzado reputación universal basten para alimentar por sí solos con su médula el genio de una nación, no, la América meridional no tiene literatura, y la que tiene no constituye ni las simples muestras de sus múltiples formas o géneros”. Y luego, después de fundar más ampliamente su dictamen, agregaba: “No es extraño, pues, que en ninguna nación sudamericana se haya tentado hasta ahora dictar un curso literario permanente americano o nacional. No conozco más tentativa en este género que la del Colegio nacional del Uruguay, pues ni aún en la misma capital de Buenos Aires, se ha pretendido implantarla en esas condiciones”.

Mas a pesar de tanto pesimismo, no podía la verdad venidera escapar a la mirada profética de Mitre, y así terminaba: “El género de la literatura americana ha salido del caos; ha definido sus formas y va asumiendo rasgos originales, pero todavía no han aparecido en su firmamento los astros que deban iluminar sus grandes horizontes”.

No podía esa visión escapar al espíritu de quien iba a ser él mismo con sus obras una de las figuras centrales de nuestra historia literaria; el mismo que, en su biblioteca, base del actual museo público que perpetúa su nombre, iba reuniendo los materiales dispersos de las literaturas americanas, o sea los raros documentos que en esa misma casa de Mitre, yo he removido durante varios años en busca de la nueva verdad.

No dispusieron ellos de la perspectiva que nosotros, treinta años más tarde, disponemos. Y esos años, fecundos de cultura para nosotros, no han pasado ciertamente en vano. Lo que ellos nos han descubierto en las cosas de las letras y lo que nuestra razón puede hoy descubrir en ellos, recuérdame aquella sentencia de Lucrecio sobre los orígenes de la civilización;

Sic unum quidquid paullatim protahit aetas
In medium, ratioque in luminis erigit oras

Trabajos de historia literaria, los cuentan hoy Estados Unidos, Chile, el Perú, Méjico, Venezuela y el Brasil. La República Argentina se ha incorporado también al cultivo de esta nueva disciplina, como el mejor signo de su personalidad nacional y de su cultura colectiva. Mas para fundar aquella cátedra mía y ahora llegar a esta obra, hubo que vencer no pocas inercias y preocupaciones. Uno de los primeros doctorados de la Facultad de Filosofía y Letras donde mi cátedra había de funcionar, tituló su tesis:

¿Existe una literatura americana? La opinión del nuevo doctor (o doctora en este caso) era desde luego dubitativa, como la interrogación del título por sí mismo lo sugiere.

Ninguna persona de responsabilidad intelectual niega hoy la existencia de nuestra literatura; pero hay en cambio una nueva especie del pesimismo, la de los que creen que nuestro “siglo de oro” está en el pretérito, que nuestra literatura ha declinado. En esos mismos días de la fundación de mi cátedra, un hombre ilustre, ex ministro de instrucción pública, llegó a afirmarlo por la prensa. Yo veo, sin embargo, que los libros del país antes se regalaban y ahora se envían a la venta; que nuestros órganos de publicidad viven a expensas de una producción continua; que un teatro nacional, de que antes carecíamos, ha nacido o comienza a nacer; que diez autores respetados por su obra, han conseguido hacer de la literatura una función aparte de la abogacía, de la milicia, de la medicina o la política. Mi tesis es optimista, pero optimista por esperanza. Riesgoso patriotismo es el que niega la obra del presente y vuelve los ojos a las edades de oro de un pasado quimérico. Sólo a condición de confesarnos esta humildad de origen, podremos hacer del estudio de la literatura argentina una escuela de fe patriótica y de disciplinas estéticas. Larga es la senda que aún nos resta por andar, y si aún estamos lejos del ideal de cultura que perseguimos, no es porque hayamos retrogradado, sino porque hemos empezado desde muy atrás. Alabad el Triunfo argentino, por ejemplo: pero reconozcamos que sus estrofas se iluminan con la gloria de la hazaña marcial que aquellas cantan. No confundamos el heroísmo cívico y el heroísmo intelectual. No confundamos, tampoco, en este recuento literario, la obra útil y doctrinaria de los pensadores, con el emocionado hallazgo de los poetas. No confundamos, en fin, al recorrer la revolución, la proscripción, la organización, esa gloria, por lo general escasa, de su honra “literaria”, con la gloria que sus autores conquistaron en los campos de batalla, en los parlamentos, en el gobierno, en la prensa. Hoy tenemos, o nos esforzamos por tener, una poesía lírica, una novela, un teatro, a la vera de la política, según lo tienen las naciones civilizadas. Ese concepto estético, esa disciplina técnica, esa función “orgánicamente” practicada dentro de la sociedad argentina, es una conquista de las últimas décadas, o sea de las actuales generaciones. La historia que nos enseñe ese progreso de nuestra vida literaria, ha de educarnos en la fe del trabajo y en la esperanza de períodos más brillantes por la belleza y madurez de las futuras obras.

Para llegar a estos nuevos conceptos y fundarlos en sólidos materiales, debí, durante varios años, remover varios archivos privados y públicos, consultar epistolarios y memorias, revisar bibliotecas enteras, rastrear el inexplorado caudal paleográfico, rever lo impreso, reconstituir vidas y ambiente con ímprobo esfuerzo. Vi que teníamos materiales para una obra de esta índole, después de cuatro siglos de vida mental en nuestro territorio; pero eso no bastaba: era menester, con doctrina filosófica, organizarlos en un sistema de belleza, de verdad, y de vida, o sea descubrir la ley oculta del proceso histórico y la expresión de nuestra propia estética. Y a los que aún siguen remisos puedo decirles: Si no tenemos obra, después de tanto ensayar el teatro, la novela, el poema, haremos la historia de nuestras tentativas. Si las obras que tenemos carecen de originalidad, haremos la historia de nuestras imitaciones y trasplantes. Donde la materia no ofrezca ejemplos de enseñanza, estoy seguro que ha de ofrecernos, en sus mismas deficiencias, sugerencias de educación.

Quiero hacer, finalmente, una salvedad: yo no he concebido a priori un sistema de clasificación para deformar los hechos forzándolos a entrar en ese molde teórico; he seguido el camino inverso, con método inductivo: he acumulado los hechos literarios y descubierto en ellos, por intuición, la ley biológica que los rige en nuestro medio, como norma de la creación estética. La realidad de esa ley, califica nuestra bibliografía como

un todo orgánico, demostrando a la vez la existencia de un alma nacional, sujeto pensante de la literatura argentina, y la existencia de una literatura nacional como expresión del alma argentina.

Tal concibo yo la historia de nuestra literatura, no como una crónica bibliográfica ni como una serie de bibliografías, sino como parte de la historia general, animada en medio de la vida del país y de la civilización. Una disciplina semejante habrá de ser utilísima, no sólo como complemento de cultura universitaria para nuestros doctores en letras, sino como instrumento profesional para nuestros catedráticos de segunda enseñanza. Pero su trascendencia más general se advierte cuando se piensa que por trabajos de esta índole podremos tender a la difusión popular de nuestros mejores libros, creando en las nuevas generaciones el sentimiento de que tenemos una tradición intelectual, y el ideal de que debemos continuarla y esclarecerla... Ahí hallarán las futuras generaciones literarias un plano con rumbos definidos, y no entrarán en las letras, como entró mi generación, desorientada por la ignorancia del propio pasado y desarraigada de su país por el predominio de las influencias cosmopolitas.

Los clásicos de la generación emancipadora llamaron a Buenos Aires “la Atenas del Plata”. No lo olvidemos nosotros, ni olvidemos que en la Atenas antigua el simulacro de Pallas coronaba la Acrópolis como símbolo de las tradiciones y los ideales de su pueblo.